

Lou Carrigan

AGENTE "TAMPICO"


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

AGENTE "TAMPICO"

Colección LA HUELLA n.° 88
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 22.364 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: julio, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

A la izquierda se veía la tierra firme. A la derecha, el mar, el Golfo de México; un tono entre azul y verde, limpio, transparente. Y en la cabina se oía solamente el ruido de los cuatro motores del avión. Un «Douglas
DC-7»,
que años atrás había sido considerado como un monstruo del bombardeo. Actualmente, el «Douglas
DC-7»
era utilizado como transporte, y cumplía bien su cometido. —Estos «abuelos» —rió el primer ayudante del comandante piloto— todavía darán mucho que hablar. Se aguantan bien, y su velocidad no es mala. —Como dijo no sé quién— rió el otro ayudante: —un avión es siempre un avión.

El piloto comandante de la nave sonrió amablemente. Estaba contento. Hacía un día espléndido, el mar era hermoso, las aguas maravillosas y, por si todo fuera poco, estaban llevando a cabo un trabajo gratuito en verdad satisfactorio. De cuando en cuando es bueno trabajar por simple generosidad, por amor al prójimo.

—¿Qué tal si tomamos un poco de café? —propuso.

—¡Buena idea! Iré yo mismo a pedirlo, Mike. Eh, una cosa: ¿podréis gobernar al «abuelo» sin mi ayuda?

—Sin tu ayuda, sí, pero no tardes con el café. Nos estamos muriendo de sueño.

—Si queréis, os canto algo que…

—¡El café! —exigió Charles, segundo ayudante.

—Bueno, bueno, ya voy…

Johnny salió de la cabina de mandos, sonriendo. Mike Frost, primer piloto y comandante de la nave aérea, y Charles, segundo

ayudante de vuelo, se quedaron sonriendo también. Todo iba bien, y dentro de un par de horas, seguramente menos, podrían descansar, beber unos tragos de *whisky* o tequila, y hasta con un poco de suerte podrían dedicar unas horas a reír con alguna chica mexicana…

—En realidad —dijo Mike Frost—, estamos llegando. Sólo es de esperar que no haya demasiada dificultad para el aterrizaje. Esa gente precisa los medicamentos, Charles.

—Bueno… Tampoco podemos ir más de prisa, con este trasto… Los mexicanos dicen que cuando uno hace lo máximo que puede, ya no está obligado a hacer más… ¿Nos desviamos ya hacia tierra firme?

—Creo que será lo mejor. Vigila ese alerón, a ver qué tal se porta. No me fío ni un pelo de este cacharro volador.

Apenas habían iniciado la maniobra, cuando la puerta de la cabina de mando se abrió. Se oyó claramente; es decir, se notó, porque la resonancia en la cabina era distinta cuando aquella puerta estaba abierta.

—A eso le llamo yo rapidez… —comentó Charles—. Espero que esté caliente y bien cargado, Johnny. Un momento: estamos desviándonos hacia tierra firme para…

—No —dijo una voz desconocida—, nada de desviarse hacia tierra firme. Sigan sobre el mar.

Charles se volvió rápidamente…, y el cañón de una pistola casi se hundió en su ojo izquierdo. Lanzó un respingo, alzó la mirada y vio al desconocido, vestido con un «mono» azul claro y con paracaídas a la espalda. Desde luego, en la mano derecha tenía una tremenda automática, que apuntaba con estremecedora firmeza a su sien.

—¿Pero qué…?

—Rumbo sur, sin desviaciones… —dijo el desconocido—. Espero que me haya entendido bien, comandante Frost.

Mike Frost estaba mirando de reojo al hombre que empuñaba la pistola. Frunció el ceño, ladeó más la cabeza y miró hacia el pasillo del avión
«DC-7»,
destinado a carga hacía ya muchos años. Lo primero que vio fue a Johnny, tendido en el pasillo, de bruces, con una mancha roja en la

cabeza. Luego vio a parte del personal sanitario y médico, colocado hacia el fondo del avión, bien cubiertos por la metralleta que otro hombre parecido al que había en la cabina tenía en las manos.

—¿Qué significa esto? —musitó Mike Frost.

—Obedezca.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde han salido? Este avión lleva únicamente medicamentos y personal médico… Ustedes no deberían estar aquí.

—Pero estamos. Siga navegando hacia el Sur.

—¿Qué le ha ocurrido a Johnny?

—Solamente tiene una bala en la cabeza. Digamos que está un poco muerto.

Charles palideció. Volvió a mirar de reojo la pistola y dedicó su atención plena a los mandos auxiliares. Mike Frost era mucho más terco, más voluntarioso. Quizá por eso estaba al mando del gran avión carguero.

—Nuestras órdenes son tomar tierra en Ciudad Victoria, amigo. Eso quiere decir que tomaremos tierra en…

—Ustedes tomarán tierra donde yo les diga. Sigan hacia el Sur. A menos que prefieran seguir… hacia el infierno.

—Usted está loco —masculló Frost—: éste es un avión destinado a carga. Estamos llevando medicamentos y personal sanitario al estado mexicano de Tamaulipas, donde ha habido grandes siniestros debidos al huracán «Beulah»… No sé quién es usted ni qué pretende, pero…

—Pero hará lo que yo diga. El resumen de todo, comandante, es que esos medicamentos, por el momento, no van a llegar a Tamaulipas. Ya no hable más, o le volaré la cabeza. Rumbo al sur. Enderece el aparato.

Mike Frost volvió la cabeza casi completamente. Se quedó mirando ceñudamente a aquel polizón aéreo durante unos segundos. Por fin, hoscamente fruncido el ceño, movió la cabeza en sentido negativo.

—No —gruñó—. Este aparato, mientras yo esté al mando de él, se dirigirá hacia Ciudad Victoria. Eso es todo.

—Entonces —sonrió secamente el hombre— será cuestión de relevarlo del mando.

Apretó el gatillo de su pistola. Dentro de la cabina apenas se oyó

nada… Una especie de taponazo, el sonido clásico de la pistola disparada con silenciador. La cabeza de Mike Prost cayó sobre el tercio de volante, destrozada la coronilla y parte de la nuca; mantuvo los ojos abiertos, como si él mismo estuviese horrorizado de la gran cantidad de sangre que había brotado dé su cabeza, salpicando toda la cabina. El avión dio un bandazo, pero Charles se las arregló para recuperar la estabilidad en menos de diez segundos…, a pesar del temblor de sus manos, del miedo que notaba como una parálisis general.

—Usted manda ahora, copiloto… —dijo el asesino—. Tengo la esperanza de que haya entendido bien mis instrucciones. Vamos hacia el Sur, y tomaremos tierra donde yo le diga. Olvide a su comandante y a sus amigos. Ya es mucho que todavía esté usted vivo. ¿Alguna duda?

—¿Qué… qué es lo que quiere usted? ¿Qué se proponen?

—Cierre la boca y maneje bien este trasto. Y será mejor que sepa tomar tierra en el punto exacto donde yo le indicaré…

—Ustedes… son polizones.

—Y usted es idiota. Nivele el aparato. Y olvídese de la radio. Sólo que acerque la mano a ella, su cabeza quedará igual que la de su amigo el comandante. Está claro, ¿no es cierto?

Charles asintió con la cabeza, tragando saliva. Miró de reojo a Mike Frost, cuya cabeza estaba destrozada. Había quedado de lado sobre el volante, vuelta hacia él, como si le estuviera mirando…, como si le estuviera pidiendo algo, con aquella expresión brillante, cristalizada en sus azules ojos.

—¿Qué pretenden ustedes? —musitó, roncamente.

—Le he dicho que se calle. Vuele hacia Tamiahua. Pero siempre sobre el mar, siempre de modo que …

Charles se volvió hacia el hombre, blandiendo la llave inglesa. De pronto había llegado a la conclusión de que jamás podría dormir mientras recordase aquella mirada muerta y brillante de Mike Frost. Era como si le estuviese pidiendo que hiciera algo, que no dejara que las cosas quedaran así después de ser asesinado. Le pedía que arreglase la situación, simplemente. Y Charles no pudo evitar reaccionar ante la mirada del cadáver.

Lanzó un golpe con la llave inglesa. Un golpe fortísimo…, pero que no alcanzó la mano armada del hombre. En seguida, Charles

quiso salir de su asiento de copiloto, bruscamente, dispuesto a continuar la pelea, dispuesto, por lo menos, a vengar al querido Mike Frost, compañero de más de setecientas horas de vuelo.

Plop… Plop…

Charles recibió el primer balazo en el estómago, y se crispó violentamente, de lado. El segundo balazo lo recibió en la sien izquierda, y la cabeza, como astillada, pareció saltar hacia la derecha, mientras sus brazos efectuaban un extraño movimiento hacia lo alto, luego hacia el frente, y caían sobre el volante. El izquierdo quedó metido entre el eje y los radios de aplomo, y el avión dio un ferocísimo bandazo hacia el mar. El otro brazo, el derecho, cayó sobre la palanca del alerón, que se alzó, elevando el aparato y desviándolo hacia el mar, hacia la gran mancha azul sin límites.

El asesino guardó la pistola y se precipitó hacia los mandos que habían correspondido a Mike Frost. Lo pudo apartar, tirándolo rudamente hacia un lado, y sólo entonces comprendió que quien gobernaba el aparato no era el cadáver de Frost, sino el cadáver de Charles. Se abalanzó hacia él y lo asió de un hombro, dando un fuerte tirón. La cabeza giró, como si los muertos ojos de Charles quisieran contemplar a su asesino. Pero los brazos continuaron allí, como clavados en el volante y en la palanca. Y mientras tanto, el avión iba girando, sin perder ni ganar altura, de un modo extraño, como una masa muerta, cuya única propulsión es su propio peso planeando en el espacio azul.

Dio un tirón del cuerpo, pero los brazos no se movieron. Parecían clavados en aquella posición, inamovibles. El asesino sudaba copiosamente, y su mirada, extraviada, palpitante de miedo, se dirigía a cada segundo al altímetro y al mar, que parecía subir a toda velocidad al encuentro del aparato…

—¡Niarkos! —llamó agudamente—. ¡Niarkos, nos vamos al agua!…

El hombre que estaba en la popa del avión, con una metralleta en las manos, hizo un gesto harto amenazador a las personas que tenía encañonadas, y corrió hacia la cabina, dando tumbos de un lado a otro, al compás de los bandazos del aparato.

Llegó a la cabina como lanzado por un cañón, y tuvo que sujetarse al respaldo del asiento de Mike Frost para no salir lanzado

contra el cristal plástico de la carlinga.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Qué ocurre aquí?

—¡Nos vamos al mar! ¡Ayúdame a quitar de aquí a éste!…

Empezaron a tirar los dos del cadáver de Charles, fuertemente. Pero, sin duda alguna, Charles, incluso muerto, estaba decidido a fastidiarles la jornada; su brazo no salía de allí, y el avión estaba perdiendo altura a una velocidad cada vez mayor, con un seco silbido que ya hacía temblar el fuselaje construido veinte años atrás. Era como si todavía quedasen en el aire vestigios del huracán «Beulah», que había asolado la parte oriental del México.

—¡El paracaídas! —gritó Niarkos—. ¡Vamos a lanzarnos con el paracaídas, Ponce!

—¡No! ¡No hay tiempo, no podemos!… ¡Coge de aquí y ayúdame!

Cogieron entre los dos el brazo de Charles, y tiraron hacia atrás con todas sus fuerzas. Se oyó un escalofriante crujido, y, por fin, el brazo de Charles cedió, quedando colgado como un plomo de un cordón.

—¡Quita al otro y ponte tú, Niarkos!

Niarkos quitó de su asiento a Mike Frost y lo ocupó él. Estuvo apenas tres segundos contemplando los mandos, con ojos desorbitados. Luego tiró del volante hacia él, y el avión dio una sacudida tal que pareció a punto de saltar en pedazos, crujiendo, protestando todo su fuselaje.

—El alerón… ¡Ponce, ese alerón!…

—Ya… ya lo empiezo a… dominar…

El avión comenzó a estabilizarse. El mar se vio plano, en lugar de inclinado. Luego se vio más bajo, completamente horizontal. Niarkos se pasó una mano por la sudorosa frente.

—Esto… esto no va, Ponce. ¡No vamos a poder gobernarlo a nuestra voluntad!

—Estamos cerca de la faja de tierra… Precisamente sobre la Laguna de Tamiahua… Un esfuerzo más y…

—¡No podré!… ¡No puedo dominarlo! ¡Algo se ha estropeado en las palancas de mando!

—¡Hay que llegar a tierra!

—¡Te digo que no puedo!

—¡Pues al mar!… ¡Al mar, Niarkos! Y esperemos que este viejo

cacharro flote el tiempo suficiente.

El avión se precipitó hacia el mar, hacia las aguas de la Laguna de Tamiahua, a unas cuarenta millas al sur de Tampico. Los dos hombres no podían dominar el aparato, eso era cierto. Pero, al menos, sí podían sujetarlo, llevarlo mansamente al agua transparente de la laguna…

—Con cuidado… ¡Con cuidado, Ponce! ¡Ahora!

Hubo una gran salpicadura de agua blanca, verde, azul… Parecía a punto de enterrar bajo ella el avión, pero éste resbaló sobre el líquido elemento, de panza… Durante más de doscientas yardas, se formó una estría de brillante espuma al sol rojo de la tarde. Luego, decreció rápidamente, hasta que el aparato se detuvo, los motores se pararon. La gran mole de hierro y aluminio quedó flotando mansamente sobre las aguas.

Niarkos se secó el sudor con un brazo. Estaba palidísimo y sus párpados saltaban nerviosamente.

—Lo… lo hemos conseguido…

—Pero no hemos aterrizado donde nos estaban esperando… No sé qué pasará ahora, Niarkos.

—Seguramente nos han visto. Estaban esperándonos… Ya verás cómo no tardan mucho en llegar aquí con el yate, a buscar los medicamentos.

—Es posible… —musitó Ponce—. Pero yo voy a prepararme por si tengo qué abandonar a toda prisa el avión. Ve a echar un vistazo a esa gente.

Niarkos se levantó y volvió al cuerpo medio del avión. Los personajes que había allí estaban aún más asustados que ellos dos, de modo que no le costó el menor esfuerzo volver a dominarlos bajo la amenaza de su metralleta. Había cuatro hombres y una mujer. La mujer era joven, rubia, muy bonita. Uno de los hombres tema no menos de cincuenta años, llevaba lentes y era el que más sereno parecía hallarse; los otros tres eran jóvenes, ninguno de ellos llegaba a los treinta años.

—Todo está bien —musitó Niarkos.

—¿Qué pretenden ustedes? —musitó el hombre de los lentes.

Niarkos encogió los hombros. Fue a la tablilla de nombramiento del personal para aquel vuelo y sonrió siniestramente.

—Vamos a pasar lista… —dijo—. Los que no contesten serán

tachados de la lista. Empecemos por el personal de vuelo En primer lugar, el comandante de la nave… Veamos: ¡Mike Frost!

Nadie contestó, naturalmente. Y al cabo de un minuto de cruel burla, la lista del avión «Douglas
DC-7»
CAW
18 722
quedaba así, con las tachaduras claramente visibles:

> «Mike Frost, comandante.
> »John Row, primer copiloto.
> »Charles Barclay, segundo copiloto.
> »Webster Appleton, doctor jefe de expedición.
> »Nora Saunders, doctora auxiliar.
> »James Stoll, enfermero.
> »Ira Wendell, enfermera.
> »Andrew OKeefe, enfermero.
>
> »(El lote de medicamentos y el personal médico tienen su destino en México, inicialmente en Ciudad Victoria, para prestar sus servicios en todos los sentidos a los amigos y vecinos mexicanos del estado de Tamaulipas, México, víctimas del huracán “Beulah”)».

—De ocho quedan cinco… —sonrió Niarkos, ya pasado el miedo del peligrosísimo aterrizaje—. Si se portan bien, todavía vivirán algunas horas… o minutos. Sólo tenemos que esperar a unos amigos.

Capítulo II

Los amigos de Niarkos y Ponce llegaron apenas una hora más tarde, en un gran yate blanco y azul cuyo nombre era *Gran Caribe*, Al mando de este yate, un hombre grueso, enrojecido por el sol, calvo, de gran vientre velludo y cortas piernas no menos velludas. Llevaba solamente unos *shorts* blancos y una gorra azul y blanca de *yachtman*. Se quedó en la borda, contemplando ceñudamente el aparato, que todavía flotaba sobre las azules aguas de la laguna de Tamiahua.

—¡Ponce! —llamó—. ¿Qué ha pasado?

Ponce apareció en la puerta del aparato, como a punto de caer al agua. No parecía tenerlas todas consigo, desde luego, cuando habló el ceñudo y velludo calvo:

—Los pilotos, señor Boleda. Nos dificultaron el asunto.

—¡Este aparato tenía que haber tomado tierra en la faja que bordea exteriormente la laguna!

—¡No ha podido ser! Pero los medicamentos están todos en orden, listos para ser trasladados… —El asunto se ha complicado mucho, Ponce. Esto puede significarnos dos o tres días de retraso en el plan.

—Lo siento, señor Boleda. Le aseguro…

—Está bien, está bien… Ahora van allá un par de los botes pequeños… Que trasladen todos los medicamentos al yate, de momento, hasta que encuentre una solución apropiada…, si es que ello es posible… Tú y Niarkos encargaos de que todo se realice rápidamente.

—Sí, señor… Respecto al personal del avión que ha quedado con vida…, ¿qué hacemos?

El gordo, velludo, enrojecido «señor Boleda», no se lo pensó ni

siquiera un segundo:

—Trasladad la carga, matadlos a todos y hundid el avión. Que no quede nadie con vida. Todo irá bien así.

CAPÍTULO III

—¿Algo no va bien, señor?

Don Cranston, inspector-jefe de la Delegación del FBI en San Antonio de Texas, frunció el ceño y se quedó mirando a Carson G. Sterling, uno de sus mejores agentes para los servicios de acción. Un hombre de apenas treinta años, alto, nervudo, de cabellos y ojos muy negros y expresión irónica. Un poco desgarbado, displicente. Ni feo ni guapo; solamente muy varonil. Pero por encima de todo, en Carson G. Sterling destacaba siempre aquella expresión irónica de sus negros ojos. Tan irónica, que incluso Don Cranston se sentía irritado algunas veces.

—No sé, Carson. Digamos que, al menos, la cosa no es normal.

—¿Qué cosa, señor?

—Lo del avión con medicamentos que salió ayer al mediodía de Corpus Christi. Un «Douglas
DC-7»
cargado de medicamentos.

—¿Se ha estrellado esa antigualla?

—No… Eso es lo sorprendente.

—En efecto… —sonrió Sterling, encendiendo un cigarrillo—. Es un auténtico milagro que esos montones de hierro con hélices puedan volar todavía, surcar los cielos… ¿Cargado con medicamentos, señor?

—Sí… Los envía el Gobierno de Estados Unidos a los perjudicados mexicanos por el huracán «Beulah». A Tamaulipas, concretamente. Ha sido el estado mexicano más perjudicado. Hay muchos enfermos, heridos… Se han cortado las vías normales de comunicación, los médicos no pueden llegar allí… Naturalmente, nosotros hemos enviado ayuda de todas clases. Es lo lógico, no

vamos a buscar méritos extraordinarios en ello. Hemos enviado médicos, medicamentos, helicópteros, víveres, radios móviles, ambulancias aéreas… Todo el que puede está colaborando en este asunto.

—Me parece muy humano, señor. ¿Puedo yo hacer algo?

—Hay un… mmm… caso sorpresa respecto a uno de los aviones cargados con medicamentos y personal médico enviados a Ciudad Victoria, capital del estado mexicano de Tamaulipas. Parece ser que tuvieron una avería de cierta importancia. El viento los empujó, no pudieron gobernar el aparato y, actualmente, ese aparato, el «Douglas DC-7» CAW 18 722, está cerca de Tamiahua, en una de las salidas de la laguna de ese mismo nombre.

—Bueno… No veo la sorpresa en esto, señor…

—A la base aeronaval de Corpus Christi llegó un mensaje de ese aparato. Decían que, por avería, tenían que seguir hacia el Sur, y que tomaban tierra en la faja arenosa cercana a Tamiahua. Actualmente, ese aparato está siendo reparado por su piloto comandante y los dos copilotos de vuelo. Todos estos datos los hemos pedido a la Comandancia de Marina de la base de Corpus Christi. Han sido confirmados. De donde se desprende que ese avión, por avería, tuvo que desviarse ligeramente de su ruta marcada, y tomar tierra donde pudo, que es cerca de Tamiahua… Una vez reparado, es claro que volverá hacia el Norte, hacia Ciudad Victoria, para desembarcar allá los medicamento y el personal médico, que serán transportados, con helicópteros o vehículos apropiados, a las zonas más afectadas por el siniestro ocasionado por el huracán «Beulah».

Carson G. Sterling se quedó mirando la brasa de su cigarrillo, un poco perplejo.

—Me parece todo muy normal, señor.

—Sí… Sí, realmente, así es. Pero… ¿no tienes ninguna pregunta que hacer, Carson?

—Desde luego. La pregunta es ésta: ¿Qué nos importa a nosotros, al FBI, todo este asunto? ¿Por qué hemos pedido esa clase

de información a la Comandancia de Marina de Corpus Christi? No veo relación entre ese suceso y el FBI, señor.

—Supongo que te suena el nombre de Tampico.

—Es una ciudad costera mexicana…, ¿no? Oh, bueno, ya sé, ya sé… —refunfuñó Carson—. Además, es el nombre que se da a sí mismo ese agente misterioso que nos ha enviado informaciones alguna vez.

—Informaciones que nunca han fallado —recordó Don Cranston.

—Cierto —admitió de mala gana Carson—: nunca han fallado. Cada una de las informaciones que nos ha filtrado Tampico han sido verdades grandes como elefantes. ¿Ha aceptado, por fin, trabajar para…?

—No. Todavía no hemos podido localizarle, Carson. Ese hombre es… extraño. Una vez, por cierto conducto, le enviamos una proposición para trabajar con nosotros, ofreciéndole un sueldo excelente. Nada de informes esporádicos, sino trabajar en firme para el FBI en México. La respuesta fue NO. Parece que no es dinero lo que le falta.

—Debe ser un millonario aburrido. Un… deportista del espionaje.

—Quizá. El hecho cierto, estamos de acuerdo, es que jamás nos ha enviado una sola información inexacta, falsa o incompleta. Como tú bien has dicho, cada informe que nos ha llegado de Tampico era una verdad grande como un elefante. Pero…

—¡No me diga que al fin ha fallado! —Pareció alegrarse Carson.

—Juzga tú mismo. Esta nota llegó directamente, no sabemos por qué conducto, al buzón general de la Delegación. Son las mismas características de siempre: la misma máquina, el mismo estilo, todo idéntico. De donde supongo que no hay superchería, sino que es el propio Tampico de siempre quien nos ha enviado ese mensaje. Léelo.

—Sí, señor.

Carson G. Sterling tomó el sobre, sacó de él una gran hoja de blanquísimo papel de excelente calidad y sonrió enfurruñado, al ver en el ángulo superior izquierdo la señal de siempre: una playa con dos palmeras cruzadas que parecían contemplar las olas. Esto, a mano. El resto estaba escrito a máquina:

«Todavía ignoro la verdad completa del asunto, pero imagino que es sabotaje. Un sabotaje raro, excesivamente elaborado, y que, por supuesto, debe atentar contra Estados Unidos. Lo cierto del caso es que el avión “Douglas
DC-7”
CAW
18 722
fue hundido ayer en el mar, laguna de Tamiahua. Como muy bien deben saber, ese avión transportaba personal y
2 000 000
de dólares en medicamentos para damnificados en Tamaulipas. Considerando que el asunto es importante, admitiré contacto directo con agente del FBI en hotel Laguna, de Tamiahua, mañana por la tarde. Dispongo de vehículos y armas. Firmado.

»*Tampico*».

Carson G. Sterling alzó la cabeza y se quedó mirando a su superior.

—Parece que Tampico ha fallado esta vez, señor.

—¿Por qué?

—Bueno… Si la base de Corpus Christi ha recibido una llamada de radio diciendo que el avión está en tierra firme, para ser reparado, yo diría que Tampico ha trompicado esta vez.

—¿Por qué esta vez, y ninguna otra, Carson?

—Todos fallamos alguna vez, señor. Las evidencias demuestran que ese avión no ha sido hundido.

—¿Qué evidencias?

—Las recibidas de la base de Corpus Christi… Un momento, un momento, señor: ¿tengo que ir a ver ese aparato? ¿Tengo que comprobar que está en tierra firme y todo en orden?

—Tampico menciona un sabotaje contra Estados Unidos. De modo que…, sí. Sí, Carson: vas a ir allá, a Tamiahua.

—Mmmm… ¿Al hotel Laguna?

—Exactamente.

—¿Y qué pasará si al par de horas de estar en México compruebo que el avión está en perfectas condiciones y no en el fondo del mar, como asegura Tampico?

—Pues regresas a casa. Pero, antes, tienes que conocer a ese Tampico. Arréglatelas como quieras o puedas, pero tienes que conocer a ese hombre, y convencerlo para que trabaje en firme para el FBI. Como en espionaje empezamos a ser ya casi maestros, asegúrate de que no es un doble agente que está preparando algo… diabólico contra nosotros. Estamos ya hartos de mentiras, dobles agentes, traiciones, sabotajes y cosas de ese estilo. Averigua qué hay de cierto en ese aparato «DC-Siete» y, sobre todo, no admitas sugerencias de nadie que no sea el mismísimo Tampico. Nada de intermediarios. Y si te parece que está llevando un juego doble, mátalo. Eso es todo, Carson.

Carson G. Sterling se puso en pie, impávido.

—¿Puedo llevar el equipo especial que yo elija, señor?

—A tu gusto… —Don Cranston consultó su reloj—. Pero piensa que tienes solamente hora y media para tomar el avión particular que te está esperando. Buena suerte y… hasta la vista.

—Que sus palabras se conviertan en profecías —sonrió Carson Sterling—. Adiós, señor. Me voy a México.

CAPÍTULO IV

Y allá estaba, en México. Exactamente, en el cuarto número 8 del hotel Laguna, adonde había llegado poco después del mediodía. Había tenido tiempo de almorzar, y dormitar casi un par de horas cuando sonó la llamada en la puerta.

Se alzó vivamente del lecho, olvidando el espantoso calor, agravado por el sonido del motor del ventilador, que, dicho sea de paso, no servía de gran cosa, a menos que uno estuviese directamente bajo sus cuatro aspas deslucidas. Eso sí: desde la ventana se veía perfectamente el mar azul y verde, como rayado, y las blancas crestas de algunas olas que, por el momento, parecían pacíficas. La ventana estaba abierta, pero, por fortuna, tenía una red metálica que impedía la entrada de aquellas enormes moscas furiosas, ávidas de picotear carne humana. Afuera se veían grandes tiestos y unas cuantas palmeras cerca de la playa…

Solamente ataviado con el pantalón del pijama, pero llevando en la mano derecha su automática, Carson G. Sterling se colocó junto a la puerta, expectante.

—¿Quién es? —preguntó.

—Vengo de Tampico.

Alzó las cejas, disgustado, al oír la voz de mujer. No le gustaban las mujeres… Es decir, no le gustaban para el trabajo. En otro sentido, Carson Sterling era mucho más tolerante y generoso.

Abrió la puerta.

—Dígale a su…

Sólo dijo esto. Lo demás quedó como aferrado en su garganta, formando una bola casi asfixiante. Quedó turulato, patitieso, y poco menos que cardíaco crónico. Aquello no era una mujer: era un monumento universal a la mujer. Cinco pulgadas menos alta que él,

con unos ojos más grandes que las manos, la boca algo grande, sonrosada, húmeda, tierna, irónica; los ojos eran más brillantes que los mismos brillantes… En cuanto al cuerpo, graciosamente adornado con el vestidito amarillo de falda cortísima, escotado, ligero, pues era… era… Vaya: era absolutamente fuera de serie. Igual que los ojos, y el fino cuello tostado por el sol, y los negros cabellos recogidos detrás, en la nuca. Era como una flor recién regada en plena primavera… Eso era, sí.

—¿Puedo pasar?

—Aaa… Buuu… Yo… Cacacaca…

—¿Cómo dice?

—¡Caray! —Casi gritó Carson—. ¡Claro que puede pasar!

Se apartó, ella entró, y el agente cerró la puerta. Se quedó mirando a la muchacha, parpadeando todavía incrédulamente.

—¿De… de manera que la envía Tampico?

—Parece no estar de acuerdo con ello, señor Sterling… ¿No es éste el nombre que ha dado en el hotel?

—Sí… Ejem… Sí, sí. Iba a decir que le dijese a su jefe que no admitía intermediarios, pero he cambiado de opinión. Se admiten intermediarios. Pase, guapa… ¿Quién es usted?

Ella entró en el dormitorio, miró muy atentamente a todos lados y, por fin, se volvió de nuevo hacia el federal.

—Yo soy Tampico —dijo.

—Mira qué bien… Y yo soy Rockefeller.

Ella frunció un poquito el ceño, pero la risa estaba latente en sus hermosos ojos negros.

—Preferiría que fuese el agente del FBI, que estaba esperando… No tengo nada que decirle al señor Rockefeller. ¿Podría ver su tarjeta de identidad, señor Sterling?

—¿Cuál de ellas?

—La del FBI… —sonrió la muchacha; y una pistola apareció en su mano como por arte de magia—. Y será mejor que usted sea un agente del FBI, señor Sterling.

—Pues lo soy…, afortunadamente. A ver si esto la convence.

Le tendió su estuche de piel, con la placa y la tarjeta. Ella lo miró todo atentamente, pero con rapidez. Devolvió el estuche, se guardó la pistola en el bolsito y se sentó en el borde de la cama, encendiendo el cigarrillo que sacó de bolsito.

—La situación…

—Un momento, un momento… —farfulló Carson—. Nosotros estábamos convencidos de que Tampico era un hombre.

—¿Necesita usted alguna… demostración especial para convencerse de lo contrario, señor Sterling?

—Pues, ya que lo menciona…, me gustaría verla en bikini. En estos tiempos que corren, uno nunca sabe la verdad hasta que las cosas están absolutamente claras.

—No tengo un bikini a mano. Será en otra ocasión…, quizá. Mientras tanto, hablaremos del asunto del avión «DC-Siete». Espero que en el FBI, están ya convencidos de mi infalibilidad, y de que no acostumbro a bromear en ningún sentido. Por otra parte, señor Carson Sterling, la posibilidad de que yo sea una traidora, una doble agente, o algo parecido, deben ustedes descartarla. Soy leal al FBI.

—¿Por qué?

—Me gusta. Eso es todo.

—Me gusta —dijo Carson.

—¿A usted también? —sonrió ella.

—Oh, no me refería al FBI ahora. Mire, señorita… señorita…

—Tampico. Nada más que Tampico.

—Todo esto es muy irregular, señorita… Tampico. Quiero que entienda que el FBI no admite agentes que desconoce por completo.

—¿No están contentos de mí?

—Del todo, hasta la fecha. Pero la… situación no es corriente. Se le propuso en cierta ocasión que trabajase de modo fijo para nosotros, y usted rehusó. Eso… no nos gusta. Por otra parte, su último informe carece de todo vestigio de verdad.

—¿Qué…?

Carson Sterling se había acercado a la muchacha De pronto, con una sola mano, la asió por la garganta, casi rodeando todo el cuello, y apretó suavemente La amable e irónica mirada del agente cambió bruscamente. De un suave tirón arrebató el bolso a la muchacha, sacó de él, la pistola manteniéndolo colgado de sus dientes, y entonces la soltó, retrocedió un paso, quitó el cargador y tiró el arma en la falda de la preciosa morena de enormes ojos.

—Usted sabe bien, supongo, que el avión «Douglas DC-Siete» CAW dieciocho siete veintidós no está en el fondo del mar, sino en

cierto lugar no muy lejano de aquí, en reparación. ¿Qué juego tiene esta vez?

Tampico estaba ligeramente pálida, pasándose una manita por la garganta tan «delicadamente» apretada durante unos segundos.

—¿En reparación…? —musitó—. Absurdo… Completamente absurdo… Ese aparato está en el fondo del mar, exactamente en Laguna Tamiahua. No suelo mentir, señor Sterling.

—Oh, vamos… —sonrió duramente el agente—. Todos los espías y contraespías del mundo decimos más mentiras que los periódicos, señorita Tampico. Yo, personalmente, miento más que hablo, como suele decirse.

—Jamás he pasado un informe falso a FBI —dijo ella orgullosamente.

—Menos ayer. ¿Por qué? ¿Cuál es su juego auténtico?

—Ese avión está hundido, señor Sterling.

—¿Por qué discutir? —sonrió fríamente Sterling—. Yo puedo demostrarle a usted en menos de media hora, que ese aparato está en tierra firme, en reparación. Como compensación…, ¿podría usted demostrarme que está en el fondo del mar?

—No…

—Ah…

—Quiero decir que «todavía» no.

—¿Piensa hundirlo usted?

Tampico se puso de pie, casi iracunda.

—La conversación ha terminado, señor Sterling. No cuenten…

—No todo es tan fácil, señorita Tampico —una dura mueca pareció petrificarse en la boca del agente—. Mucho me temo que mis órdenes van a disgustarla. Aunque haya personas ingenuas que tienen un concepto… dulcísimo del FBI, lo cierto es que nosotros también sabemos mentir, y pelear, y… eliminar.

Tampico palideció intensamente.

—¿Le han ordenado que me elimine? —musitó.

—Bueno… Digamos que usted tiene un… margen más o menos alentador para conservar la vida. Hablemos en serio, y todo acabará bien si usted es veraz. ¿Dónde está Tampico? Quiero verlo. A él. Sólo a él, nena.

—Yo soy Tampico.

—De acuerdo —gruñó Carson—: demuéstremelo. Lléveme a ver

ese avión cargado con dos millones de dólares en medicamentos y que ha sido hundido en la Laguna de Tamiahua.

—Todavía no lo hemos localizado exactamente.

—¿«Hemos»…? ¿Cuántos son ustedes? ¿Con quién trabaja?

—Trabajo yo sola. Pero tengo amigos. Ellos encontrarán ese aparato, en el fondo del mar, antes de veinticuatro horas.

Carson G. Sterling asintió con la cabeza, siempre duramente, irónica la expresión.

—Me parece bien. Pero creo que voy a ahorrarles trabajo a usted y a sus amigos. La llevaré a ver ese avión ahora mismo… Y en tierra firme.

—Imposible. Gedeón lo vio hundiéndose, desde la playa.

—Ésta es una conversación inútil. Mostremos cada uno nuestras cartas. Y por si en determinado momento se le ocurre la brillante idea de eliminarme usted a mí, sólo le doy un consejo: acierte a la primera, nena.

Abrió el armario, se colocó detrás de la puerta, pero con la cabeza sobresaliendo por un lado, y se quitó los pantalones del pijama, para ponerse unos de calle, blancos; se puso también unas cómodas sandalias de paja y apareció así, con el torso desnudo, llevando su maleta hacia la cama. De allí sacó una funda pistolera de cuero, con adhesivos de plástico directamente para la piel. Se la pegó al sobaco izquierdo, colocó en ella la pistola y se puso encima una camisa negra, tupida, pero muy fresca, de manga corta. Tampico lo miraba inexpresivamente. Parecía disgustada… y decepcionada.

Carson G. Sterling sacó un estuche de piel de la maleta y lo mostró en alto.

—Equipo fotográfico. Iremos a ver ese avión, le tomaré unas cuantas fotografías y regresaremos. Luego iremos a fotografiar «su» avión.

—Aún no sé dónde está.

—Quizá tenga paciencia con usted. ¿Vamos? Ejem… Si no recuerdo mal, usted dijo que disponía de vehículos… ¿Cierto?

—Cierto. Tengo un auto para mí y he dejado otro para usted en la calle. Las llaves…

Iba a abrir el bolsito, pero se encontró de pronto con la pistola de Carson a menos de diez pulgadas de su naricilla. La mano

izquierda del agente asió amablemente el bolso. Lo abrió, sacó las llaves, echó un vistazo general y, al parecer tan decepcionado como antes ella, le devolvió el bolso.

—¿Cuáles son las de mi coche?

—Las más pequeñas. El coche también es más pequeño.

—Haremos otra cosa… —sonrió él, a estilo lobo con presa a la vista—. Yo iré en el grande y usted en el pequeño. Así, se le quitarán las ganas de escapar.

—No pienso escapar. Y si yo voy delante, no podré guiarle hasta donde usted dice que está ese avión.

—Le haré un planito fácil. Está en una especie de campamento médico, al cual no resulta en absoluto difícil llegar. Dígame una cosa: ¿por qué se firma usted con el nombre de Tampico?

—Porque tengo mi residencia en Tampico.

—Ah… Muy lógico, claro. ¿Dónde, de Tampico?

Ella apretó los dulces labios, y Carson volvió a sonreír de aquel modo duro, casi despiadado. Empero, en el fondo de sus ojos había una luz de desconcierto, como si no quisiera admitir lo que resultaba tan evidente: que aquella hermosa muchacha le estaba mintiendo.

—Es posible que lo averigüe por mí mismo… —musitó—. ¿Vamos?

—Señor Sterling: no sé lo que está ocurriendo, pero, sea lo que sea, le aseguro que no estoy intentando nada sucio contra el FBI. Usted tiene que creerme.

—No veo por qué.

—Si le digo que ese aparato está en el fondo del mar, es que está en el fondo del mar.

—Lo veremos. Por el momento, señorita Tampico, no veo motivo para que nos consideremos enemigos declarados…

—Ni de ninguna clase, señor Sterling. Siempre he sido fiel al FBI.

—Oh, ya sé, ya sé… Le gusta, ¿no es eso? Bueno, vamos a dejar esa cuestión en el aire; y para que vea mi buena voluntad respecto a usted…

La abrazó de pronto, por la cintura, con el brazo izquierdo. Y antes de que Tampico hubiera podido reaccionar, la estaba besando fuertemente en los labios. Unos labios que permanecieron fríos, rígidos, como si fuesen de hielo, o de piedra. Sterling soltó a

Tampico y, contra lo que esperaba, no hubo en ella reacción alguna que continuase el acercamiento, clásica actitud de quien intenta engañar a otra persona.

—¿Se siente satisfecho? —musitó ella, fríamente.

—No. No esperaba tanto en el primer beso.

—¿Qué esperaba entonces…?

—Bueno… Según parece, vamos a trabajar juntos en esto, ya que usted asegura que está al lado del FBI. De manera que haremos de esto una… contraseña.

—¿Cómo…?

—Sí, nena, sí: una contraseña. Cada vez que la vea, la besaré. Así, usted sabrá que todo va bien. Si alguna vez no lo hago, usted deberá ingeniárselas para ayudarme, o para avisar al FBI. *¿Okay?*

—Su sentido del humor es bueno… para otras circunstancias.

—¿Preferiría que le hubiese metido directamente una bala en la barriguita? Vamos, vamos, nena, alegre la carita. Es una contraseña simpática la que he ideado, y, a la larga, acabará gustándole… Es decir —sonrió—, suponiendo que nuestro contacto se prolongue. Vamos a buscar esos coches, y le haré el planito. Y sepa dos cosas: nadie ha conseguido jamás despistarme yendo en auto, ni jamás he fallado un disparo contra quien lo ha intentado. En marcha, señorita Tampico.

CAPÍTULO V

Tampico no hizo el menor intento de escapar, de modo que los dos llegaron tranquilamente al lugar en el sencillo y clarísimo mapa que Carson Sterling había confeccionado. Sencillo y clarísimo porque sólo había un camino, y allí terminaba, ante dos pequeñas colinas arenosas, tan polvorientas como el mismo camino.

El agente fue el primero en apearse, y se dirigió rápidamente al coche de la muchacha, no sin precauciones; se colocó a un lado de la portezuela y dijo:

—Salga con las dos manitas por delante, nena.

Ella obedeció, en silencio. Parecía un poco enfurruñada, quizá por el polvo del camino. Pero si el agente federal, que había ido tragando el de su coche, no decía nada, no tenía por qué quejarse.

Sterling señaló hacia donde se juntaban las bajas colinas arenosas.

—Acabaremos a pie. Podríamos seguir en el coche, pero va bien un poco de ejercicio.

La tomó del brazo y ascendieron la suave pendiente. Apenas llegar arriba, el agente señaló hacia la playa. Se veía una gran extensión de tierra firme, prieta y agrietada; un lugar bastante bueno para que aterrizase un avión en apuros. A un lado, se veía un grupo de palmeras, y bajo éstas, dos tiendas de lona. Enfrente mismo, visible desde muy lejos, un gran aparato «Douglas DC-7».

—¿Y bien? —preguntó secamente Sterling.

—Ése no puede ser el aparato.

—¿No?

Abrió el maletín de piel, sacó tres piezas que parecían o quizá incluso eran objetivos de cámaras fotográficas, y las enroscó,

formando un catalejo de unas doce pulgadas. Miró con él hacia el aparato y luego tendió el catalejo a la muchacha.

—¿Conoce usted el número del avión al que nos estamos refiriendo, así como sus características, color, etcétera?

—«Douglas
DC-7»,
CAW dieciocho siete veintidós… Gris, desde luego.

—Ajá. Vea ese aparato.

Tampico obedeció. Estuvo no menos de quince segundos, como si le costase convencerse. Sterling la miraba de reojo, y la vio morderse los labios; cuando ella lo miró a él, devolviéndole el catalejo, su ceño estaba fruncido.

—No lo entiendo… —musitó—. Gedeón tiene muy buena vista, no ha fallado nunca antes…

—Sería una buena idea que por su cumpleaños le regalase usted unas buenas gafas a su amigo Gedeón.

—Ese avión no puede ser el CAW dieciocho siete veintidós.

—Querida niña, es usted terca como una mula vieja.

—Y usted es un grosero. Decida lo que hacemos ahora. Tengo ganas de perderlo a usted vista.

—Si su vista es tan birria como la de Gedeón, no le costará mucho trabajo. Espere aquí. Iré a echar un vistazo a ese aparato. Ya ve: le doy la oportunidad de jugarme una mala pasada.

Sin más comentarios, Carson Sterling inició el descenso de la suave ladera, hacia el grupo de palmeras donde se veían las tiendas de lona. A medida que se acercaba, vio a los tres hombres subidos a una especie de andamio hecho con troncos de palmera; estaban en «mono» y parecían discutir casi acaloradamente respecto a algo relacionado con la primera hélice derecha; la segunda estaba en el suelo, sobre un trozo de lona azul.

De una de las tiendas salió un hombre, de edad mediana, que se acercó unos pasos y luego quedó esperando la llegada del agente. Éste sonrió cuando se detuvo ante el hombre, que llevaba bata blanca, lentes, y tenía un libro en una mano…

—Buenas tardes —saludó Sterling.

—Hola… —sonrió el otro—. Usted es norteamericano, ¿eh?

—Por supuesto. Mmm… Parece que están en apuros.

—Poca cosa. No creo que tardemos más de veinticuatro horas en

poder despegar, de nuevo hacia Tamaulipas. Ocurrió que…

—Estoy enterado de todo esto. Mi nombre es Carson G. Sterling… —Mostró su estuche con placa y tarjeta—. Agente del FBI, señor…

El hombre de la bata blanca quedó estupefacto.

—¿Del FBI? ¿Qué… qué ocurre…?

—Se trata sólo de una… oferta de servicios —sonrió Carson—. Tenía que pasar por Tampico y recibí órdenes de asegurarme de que todo iba bien, así como la información pertinente respecto a lo sucedido. Espero no molestarles.

—¡Desde luego que no! —El hombre tendió la mano—. Yo soy el doctor Webster Appleton, jefe de esta desafortunada expedición. Y ella —señaló a la hermosa mujer que salía de la otra tienda— es la doctora Nora Saunders.

La muchacha llegó junto a ellos y se quedó mirando con simpatía de primera vista al agente.

—¿Qué ocurre, doctor?

—El es Carson Sterling, del FBI, Nora.

La preciosa muchacha asintió con la cabeza, tendiendo la mano al federal, que se inclinó cortésmente, casi sonriendo, al ver el modo simpático en que la doctora fruncía el ceño.

—Es un placer, doctora Saunders. Y no se preocupe. No ocurre nada.

—Pero si es del FBI…

—Estoy aquí de pasada. Mis superiores me ordenaron que, de regreso a casa, me diera una vuelta, por si ocurría algo imprevisto. Parece ser que la Comandanta de Marina de Corpus Christi pasó un informe rumano a Washington, y de allá rebotó, es lógico, a las distintas Delegaciones del FBI. Y como yo tenía que pasar cerca de aquí. ¿Todo va bien?

—Por supuesto, señor Sterling. ¿Tomaría usted café?

—Pues… Mmm… Ésta no es la hora que yo dedico al café, precisamente.

—¿Y un trago de buen *whisky*? —rió el doctor Appleton.

—Vaya… Eso es otra cosa. Sólo que estaría feo que yo bebiese, doctor Appleton. De todos modos, gracias. Están ustedes bien instalados, ¿precisan algo…? Tengo un coche al otro lado de esas colinas y puedo llegarme a Tampico a traerles lo que deseen: alguna

pieza de…

—¡Pero si estamos perfectamente, señor Sterling! —se asombró Webster Appleton—. Ni siquiera necesitamos ayuda de personal. Es sólo que la avería requiere tiempo para ser reparada, no más hombres, ni piezas nuevas… El comandante Frost asegura que podremos reemprender el vuelo antes de veinticuatro horas.

—Magnífico. ¿Puedo echar un vistazo al aparato? Es sólo para rendir un informe que demuestre que he estado aquí, doctor. Mis superiores tienen la idea de que no soy demasiado trabajador.

—¿Cuándo regresa usted a Estados Unidos?

—Oh, inmediatamente, espero. Aunque… —Miró de reojo a Nora Saunders— la verdad es que no me disgustaría quedarme. ¿Por qué no son ustedes buenos y me dicen que precisan mi ayuda?

La doctora Saunders sonrió simpáticamente.

—Es usted libre de quedarse, señor Sterling…, aunque no colabore más que a consumir esas insípidas raciones de conserva. Yo misma le enseñaré el aparato… si el doctor no se opone.

—Ah, no, no… —negó Appleton—. La verdad es que estoy deseando reanudar la lectura de este tratado de Osteopatía. Que se diviertan. Los espero en la tienda.

Nora Saunders señaló hacia el morro del avión, y Sterling inició la marcha hacia allá. Cuando llegó, movió la mano en amistoso saludo a los tres hombres encaramados en el improvisado andamio.

—Hola… —saludó verbalmente—. ¿Qué tal?

—El señor Sterling, del FBI… —presentó Nora Saunders—. Está asegurándose de que todo va bien.

—Todo va mal… —Gruñó uno de los hombres, con grasa en la cara y las manos—. A esto le llamo yo perra suerte. Mike Frost… —se presentó—. Perdone que no le tienda la mano. Y perdónelos también a ellos, son Johnny Row y Charles Barclay, mis copilotos.

—Encantado. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Oh, sí: consiga que este «abuelo» se eche a volar sin necesidad de estas dos hélices del ala derecha.

—Bueno… Temo que tendrán que seguir trabajando.

—Así es la vida. Oiga: ¿ocurre algo?

—Nada. En absoluto… Hasta luego.

La doctora estaba llamando en voz alta, y la puerta del avión se abrió. Fue Sterling quien acercó allí la escalerilla de emergencia,

que estaba junto al aparato. Ella subió en primer lugar. Cuando Sterling entró, dos hombres estaban revisando una caja llena de jeringuillas, pero alzaron la cabeza para mirarlo. En seguida miraron a la doctora.

—Parece que todo va bien, doctora Saunders. No hay ninguna rota.

—Estupendo, Wendell… ¿Y
O'Keefe?

—Está mirando de arreglar la radio, pero me parece que tendrá que encargarse de ello uno de los pilotos.
O'Keefe
tiene buena voluntad, pero yo siempre digo que cada cual conoce su trabajo.

—¿No funciona la radio? —Frunció el ceño Sterling.

—Funcionaba. Pero parece que algo se estropeó con el golpe de la caída, y acabó soltándose. Seguro que es poca cosa, pero apuesto un dólar a que no es
O'Keefe
quien lo arregla. Está en la cabina.

Efectivamente,
O'Keefe
estaba en la cabina, contemplando meditabundo la radio. Se volvió hacia ellos, con la actitud de quien ya sabe que lo buscan.

—Nada… Tendrá que venir el comandante a arreglar esto. Menos mal que funcionó el tiempo necesario para tranquilizar a todo el mundo… Pero si nos llaman y no contestamos, van a preocuparse. Hola, amigo.

—Hola… —sonrió Sterling—. Si les parece bien, notificaré por medio de mi Delegación a la base de Corpus Christi que todo va bien y que está la radio en reparación.

—Ése sería un buen trabajo, amigo. Qué demonios; probaré unos minutos más, a ver qué pasa.

Y se dedicó de nuevo a la radio del aparato. Sterling y Nora Saunders salieron de la cabina, y el agente se detuvo en seco al pasar ante la tablilla de nombramiento del personal de vuelo:

> «Mike Frost, comandante.
>
> »John Row, primer copiloto.

»Charles Barclay, segundo copiloto.

»Webster Appleton, doctor jefe de expedición, Nora Saunders, doctora auxiliar.

«James Stoll, enfermero.

»Ira Wendell, enfermero.

»Andrew O’Keefe, enfermero.

»(El lote de medicamentos y el personal médico tienen su destino en México, inicialmente en Ciudad Victoria, para prestar sus servicios en todos los sentidos a los amigos y vecinos mexicanos del estado de Tamaulipas, México, víctimas del huracán “Beulah”)».

—La lista del personal de este vuelo… —dijo la doctora. ¿De veras no quiere un café, señor Sterling?

—No, gracias.

—¿Ni un *whisky* tampoco? —sonrió ella, maliciosamente.

—Tampoco. Pero iré a despedirme del doctor Appleton.

Se despidió de todos, saludando con la mano. Poco después, entraban en una de las tiendas: una colchoneta, dos sillas plegables y una diminuta mesita, también plegable. Appleton estaba leyendo, sentado en una de las sillas y apoyado en la mesita.

—¿No estarían más cómodos en el avión? —sugirió Sterling.

—Demasiado calor ahí dentro, señor Sterling. La doctora y yo hemos estado de acuerdo en que hay que aprovechar la brisa del mar, al aire libre… Los demás, es claro, hacen lo que les gusta a ellos… ¿Qué tal van las cosas?

—Para mí, bien. —Sterling miró su reloj, sonriendo—, porque me vuelvo a casa. Han sido ustedes muy amables, doctor. Gracias… y hasta la vista. Quiero decir, que me gustaría que fuese «hasta la vista».

Se quedó mirando a Nora Saunders, que sonrió dulcemente.

—Será porque usted no querrá, señor Sterling —musitó.

Se quedaron mirándose, pero el agente reaccionó de pronto, con el sobresalto de quien Se da cuenta que ha quedado embobado.

Tendió la mano a Appleton, que sonreía irónicamente; luego, a Nora Saunders, reteniéndola unos segundos de más.

—Y pensar que siempre les tuve miedo a los doctores…

Ella rió quedamente. Salió con el agente de la tienda, y lo estuvo mirando hasta que él llegó a lo alto de la lomita arenosa. Sterling se volvió, saludó con la mano, y ella correspondió. Luego, entró en la tienda, y se quedó mirando a Webster Appleton, que se estaba secando el sudor con un pañuelo. Parecía asustado.

—Esto es demasiado peligroso… Por mi gusto lo dejaría todo ahora mismo…

—Atrévete… —sonrió ella duramente—. Y ya veremos qué pasa.

CAPÍTULO VI

Carson Sterling no se sorprendió lo más mínimo cuando, al llegar al lugar donde habían dejado los coches, notó la ausencia de uno de ellos, del más grande, que había quedado más atrás. Por supuesto, la preciosa agente Tampico se había esfumado con el coche.

—Perfecto… —Hizo una mueca Sterling—. Absolutamente perfecto, nena. Me parece que no eres demasiado lista.

Entró en el otro coche y entonces sí se sorprendió al encontrar puestas las llaves en el contacto. Otro fallo de aquella nena, seguro. Casi tan grande como el que había cometido al huir, lo cual estaba perfectamente previsto por el *G-man*. Estaba previsto sin fallo de ninguna clase: ella esperaría a que él se alejase, tomaría el coche grande y escaparía. Sólo que, en el coche grande, Carson Sterling se había ocupado de dejar algo muy interesante. Al fin de cuentas, aquella muchacha estaba mintiendo al FBI, y lo que más interesaba de ella en aquellos momentos era localizar su domicilio, y vigilarla, así como a las personas que se relacionasen con ella, para intentar saber lo que estaban tramando.

Y para localizarla, Sterling tenía sus recursos. Abrió el maletín de piel, sacó cinco piezas metálicas, una de ellas provista de transistores, y las acopló. Luego, sonriendo, apretó una tecla. Inmediatamente, la aguja finísima del visor señaló en dirección a Tamiahua, al tiempo que se oía un clarísimo «bip-bip-bip-bip»…

—Pues nada —monologó el federal—: vamos a ver adonde nos lleva esa nena tan retechula.

Dejó el receptor de señales en el asiento contiguo, puso en marcha el coche, dio marcha atrás y giró, hasta orientarlo convenientemente… Y entonces vio el destello, en otra colina

arenosa, como a trescientas yardas de allí, hacia el Sur. Tras un instante de sorpresa, recurrió rápidamente al catalejo, enfocándolo hacia aquel lugar. Tardó casi cinco segundos en distinguir bien el bulto tendido sobre la arenosa loma. Un hombre. Y tenía ante sus ojos una diminuta cámara fotográfica a la cual había adaptado un enorme teleobjetivo. O, mejor dicho, había adaptado la pequeñísima cámara al gran teleobjetivo… Una cámara de microfotos.

Bien… Una de dos: o aquel hombre era un imprudente, o había llegado hacia pocos segundos, precisamente cuando ya no pudo ver al *G-man* visitando el pequeño campamento, o marchándose ya de él… Lo cual, concedía a Carson Sterling una considerable ventaja de acción.

Miró el receptor de señales, pero decidió ocuparse primero del hombre del teleobjetivo. A Tampico podría encontrarla cuando quisiera.

Continuaba mirando al hombre, y podía ver bastante bien su rostro. Lo vio mejor aún cuando dejó de tirar fotos y apartó el teleobjetivo de delante de su cara. Parecía joven, era bien parecido, ancho de hombros; cabellos muy cortos y tiesos como las cerdas de un cepillo.

Fruncido el ceño, Sterling dejó el catalejo, y se alejó de allí. Había solamente un camino que aquel hombre podía tomar. Y una buena manera de vigilarlo sería no perder de vista aquel camino. Ya se vería luego adónde iba.

Y así fue. Una hora más tarde, Carson Sterling, agente especial del FBI sabía lo siguiente del desconocido que tiraba fotografías con teleobjetivo: estaba alojado en una pequeña posada llamada La Marisma, con el nombre de Percy Richards, norteamericano, y había llegado allí hacía dos días. Además de saber esto, Carson tenía tres fotografías del tal Percy Richards, habida cuenta de que el *G-man* también sabía utilizar perfectamente una microcámara con teleobjetivo, y que no era material de esta clase lo que le faltaba.

Okay. Sólo tenía que darse un paseo en coche, hasta Tampico, y allá, por medio de cierta persona, enviar con toda urgencia el negativo de aquellas fotografías a San Antonio de Texas. De allí,

serían enviadas por Velofoto a Washington, en donde darían la respuesta, si es que existía, en menos de una hora. Y calculando luego una llamada telefónico desde San Antonio a Tampico, y desde Tampico a Tamiahua, donde estaría él esperando, el tiempo transcurrido no excederla de… cuatro horas. Ni una más. Eso contando con que el «contacto» de Tampico pudiera salir en un avión inmediatamente hacia San Antonio de Texas. ¿Y… por qué no?

Y puesto que él tenía que ir a Tampico, y la muchacha que utilizaba ese nombre había dicho que tenía su residencia en Tampico, sería buena idea poner de nuevo en marcha el receptor de señales, para asegurarse de que había seguido aquella dirección, hacia el Norte. Así, mientras el hombre de Tampico hacía su trabajo, él se dedicaría a buscar a la preciosa muchacha que había querido engañar nada menos que al FBI.

Puso en marcha el receptor, y se quedó mirando la aguja incrédulamente. Señalaba hacia su derecha; y la señal se recibía con una potencia sorprendente. Hacia la derecha… Esto es, hacia la playa. Muy bien: pues hacia la playa. Pero primero hacia el centro de Tamiahua. Y siempre siguiendo la dirección que le señalaba la aguja, Carson Sterling se encontró de pronto, delante del hotel Laguna. O sea, su hotel.

—Por todos los…

¿Se había estropeado el receptor de señales? Fruncido el ceño, lo apagó, cogió el maletín con todo dentro y entró en el hotel. Aquella muchacha también era una imprudente, o una estúpida… Al parecer, el coche estaba oculto por allí… Quizá el hotel Laguna tenía un sótano secreto, y eran allí cómplices de ella, o…

—Señor Sterling.

—¿Sí? —Gruñó—. ¿Qué hay?

—Han dejado un paquete para usted. Un momento…

El recepcionista se volvió, cogió lo que parecía un paquete de cigarrillos, del casillero ocho, y lo entregó a Sterling, que se quedó mirándolo con cierta aprensión. Sabía algo de bombas preparadas…

—¿Quién lo ha dejado? —preguntó.

—La señorita que estuvo a visitarlo antes. Sí, la que salió con usted del hotel… Ella.

—Ah. Bien… Muchas gracias.

Se alejó unos pasos y abrió cuidadosamente el paquete. Lo último era un papel, envolviendo un objeto duro, aplastado, pequeño como una moneda de diez centavos. Por fin, Carson G. Sterling se quedó mirando, atónito, el pequeño emisor que había colocado en el coche grande de la muchacha llamada Tampico. El papel que lo envolvía tenía algo escrito:

> «Por favor, señor Sterling, otra vez utilice algo más ingenioso. Esta treta de dejar escapar la presa ya no se utiliza. Aunque no se lo merece, sigo trabajando en el asunto. Ya nos veremos.
>
> »*Tampico.*
>
> »Posdata: Cuide bien mi coche, por favor».

Carson G. Sterling enrojeció violentamente. Santo cielo…, si el inspector Cranston se enteraba de aquello, estaba listo. ¡Dejarse tomar el pelo por un agente de tres al cuarto… y que, además, era una mujer!…

Furioso, guardó el emisor, y salió de nuevo del hotel. Se sentó al volante del coche, prendió fuego a la nota y con ella encendió un cigarrillo. Muy bien, al menos tenía al hombre del teleobjetivo, al llamado Percy Richards. Lo mejor que podía hacer era ir a Tampico, para que allá se encargasen de hacer circular el negativo con las fotografías de aquel nuevo personaje.

CAPÍTULO VII

Teobaldo Martínez asintió con la cabeza.

—Sí, señor… Iré ahora mismo al aeropuerto, a llevarlo. Estaré en San Antonio de Texas antes de dos horas… Son apenas cuatrocientas millas de vuelo.

—¿Va a ir usted mismo? —preguntó Carson.

—No, no… Tengo un amigo que lo hará. Por cierto, tiene que salir dentro de… —Miró su reloj—, ¡dentro de doce minutos, nada más! No hay tiempo… Sí… Sí, hay tiempo.

Estaban en una tienda, ya cerrada al público, de artículos deportivos. El mexicano era regordete, muy moreno, con cara de luna llena y unos ojillos diminutos y brillantes, rebosantes de astucia. Anotó algo en un papel, y lo tendió al *G-man*.

—Llame a este número cuando yo me vaya. Es de unas oficinas del aeropuerto. Pregunte por el comandante Carreras, y diga que es urgentísimo. Cuando hable con Carreras, dígale solamente que espere a Teobaldo junto a su aparato.

—De acuerdo. Lo estaré esperando aquí, si le parece bien.

—Mi tienda es suya… —sonrió el mexicano—. Voy a por el auto.

* * *

Regresó cuarenta minutos más tarde.

—Hecho. No me he dado tanta prisa para volver, porque ya no había necesidad… ¿Qué más puedo hacer por el FBI, señor Sterling?

—Supongo que no tiene ni idea del lugar donde podemos hallar a Tampico.

—No… Lo siento. Jamás hemos tenido contacto alguno. Vea si no sería fácil para esa niña traer aquí sus informes, para que yo los enviase a…

—Oh, vamos, Martínez… —Gruñó Carson—. Usted sabe muy bien que nosotros no divulgamos los nombres de nuestros colaboradores especiales. Ni de nadie.

—Ah… —Brillaron los astutos ojillos—. Eso me tranquiliza. ¿Un trago, señor Sterling?

—Creo que ahora sí me irá bien. Con soda, por favor.

Teobaldo Martínez sirvió licor en dos vasos, y echó soda en uno de ellos, que tendió a Sterling. Éste bebió un sorbito, pensativo. Y de pronto tensó los labios, en una mueca de espanto.

—¿Qué… qué es esto?

—Tres deditos de tequila especial, con un chorrito de soda… ¿No es de su gusto?

—De… monios…

—El tequila es bueno para el calor. Hace sudar, y así nos quedamos más ligeros de grasa. Claro que, a lo que parece, usted no tiene grasa… Es lamentable.

—¿Que yo no tenga grasa? —Se abanicó Sterling, la boca abierta.

—No, no… Que esa chica haya escapado. Puedo movilizar una docena de amigos que quizá la encontrarían, si ella está en Tampico, aquí.

—Cometí la estupidez de no tomarle una foto apenas verla. Lo siento.

—Bueno… ¿Qué hacemos ahora, señor Sterling?

—Yo voy a volver a Tamiahua. No olvide llamarme en cuanto reciba la respuesta de la Delegación de San Antonio al hotel Laguna. No importa cuál sea la hora, Martínez.

—Sí, señor. Algo raro está ocurriendo en torno a ese avión, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Se acercaron a él demasiadas personas.

—¿Quiere que mis amigos lo vigilen, por si…?

—No. Por el momento, no. Vamos a esperar esa respuesta, y ya veremos entonces qué conviene hacer. Sí… Eso haremos —se puso en pie, tendiendo la mano—. Hasta la vista, Martínez. Y gracias por todo.

—Tengo mucho que agradecer, desde hace años, al FBI, cuente conmigo en todo momento.

—De nuevo gracias. Adiós.

—Adiós, señor Sterling.

CAPÍTULO VIII

Casi a las doce de la noche sonó el teléfono del dormitorio. Carson G. Sterling dejó de contemplar pensativamente el techo, y de dar vueltas a aquel asunto que tan intrigado lo tenía. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Llamada para usted, desde Tampico, señor Sterling. Han dicho que es urgente, y…

—Está bien. Gracias. Sí, comuníqueme… ¿Hola? ¿Señor Martínez? ¿Tiene ya el pedido?

—Estupendo. Sí… Un momento, tomo nota en seguida. —Se sentó en la cama y tomó el bolígrafo, que ya tenía preparado sobre un papel, en la mesita de noche—. Adelante, señor Martínez.

Durante dos minutos estuvo escuchando, y escribiendo rápidamente el «pedido» del señor Martínez.

—¿Es todo?

—Bien. Muy agradecido por sus gestiones. Lo tendré al corriente de la venta, desde luego. Adiós… Gracias de nuevo.

Colgó, y se quedó mirando lo escrito. Un pedido clarísimo de artículos deportivos. Pero, una vez que Carson Sterling hubo eliminado las letras convenientes, el mensaje quedó así:

> «Nombre verdadero es Percy Richards, Es teniente de la Fuerza Aérea de Estados Unidos (USAF), pero presta servicios de inteligencia tanto de este Cuerpo como en el
> G-2
> de la Marina. Ficha irreprochable en todos sentidos.

Evidentemente, está ahí por asunto avión averiado».

De sorpresa en sorpresa. ¿Qué hacía un agente secreto de la Marina y de la Fuerza Aérea en aquel lugar? ¿Investigar la simple avería de un avión, un asunto en el que ni siquiera había habido víctimas por aterrizaje forzoso ni ninguna otra causa? ¿Qué importancia se le estaba concediendo a aquel asunto?

Quemó el papel y tiró las cenizas al inodoro. Luego se puso la funda axilar adhesiva, la camisa negra, los zapatos deportivos. Echó un vistazo al cargador de la pistola y la volvió a la funda. Esperaba obtener excelentes resultados conjuntos mediante una charla sincera e inteligente con Percy Richards. A fin de cuentas, los espías siempre se entienden bien unos con otros… cuando están en el mismo bando.

CAPÍTULO IX

—El señor Richards tiene ahora una visita, señor.

Sterling se quedó mirando asombrado al adormilado conserje de noche.

—¿A estas horas? Son casi las doce y media…

—Pues usted también quiere verlo, señor, y siguen siendo las doce y media.

Sterling refunfuñó algo. Y de pronto preguntó, vivamente:

—¿Cómo es la chica que está con él?

—Señor: La Marisma es una posada modesta, pero decente. Si busca esa clase de asuntos, vaya a los dos hoteles que hay más arriba, siguiendo la playa. No hay ninguna mujer con el señor Richards, sino dos caballeros.

—Bueno… No quería decir… ¿Están alojados también aquí esos dos caballeros?

—No, señor. Sólo son visitantes. ¿Aviso al señor Richards?…

—No, no… Déjelo. Puesto que está ocupado ahora, volveré mañana. Y no le diga que he venido: se preocuparía sin motivo. Adiós.

Salió de la posada, entró el coche y se alejó… un centenar de yardas. Detuvo el coche en el lugar más oscuro que encontró, siempre dominando la entrada a La Marisma, y se dispuso a esperar.

Todo el tiempo que fuese necesario.

CAPÍTULO X

No fue mucho. Apenas diez minutos. Y, para que tuviese ocasión de llevarse otra sorpresa, Percy Rihards salió acompañando a los dos hombres. Uno de éstos llevaba un sobre en una mano, pero pareció darse cuenta de ello de pronto, y lo guardó en un bolsillo. Los vio claramente a los tres mientras estuvieron bajo la luz de la marquesina de La Marisma, Luego, se fueron difuminando, hacia la izquierda, en las sombras que el escaso alumbrado no conseguía disipar. Puso en marcha el coche, y comenzó a rodar, lentamente, en aquella dirección. Todavía no había llegado a la siguiente calle cuando oyó el sonido de otro motor, más potente. Y estaba pensando ya cosas desagradables de Tampico, por haberle dejado el coche pequeño, cuando vio aparecer el otro. Uno de los hombres iba al volante. Detrás iban Percy Richards y el otro.

Concediendo una prudente ventaja al otro coche, el *G-man* se lanzó en su seguimiento, sin vacilaciones. Aquello le parecía una especie de encerrona, pero notaba la pistola en el sobaco, y, por otro lado, él había llegado a México precisamente para enterarse de si había algo turbio en aquello.

El coche perseguido salió pronto de Tamiahua, escogiendo para ello un camino pésimo, de tierra y polvo, aún peor que el que había recorrido el *G-man* horas antes, para llegar a donde estaba el avión averiado. Con las luces apagadas, Carson Sterling conseguía seguir al otro vehículo con bastantes probabilidades de no ser visto. Lo malo sería si el otro conductor decidía apagar también las luces…

No las apagó. Rodando despacio, llegaron cerca de una playa de

ancha faja arenosa, salpicada de palmeras, lisa como un cristal. Entonces, el coche perseguido se detuvo. A su izquierda, las palmeras, el duro arenal de la costa; hacia la derecha, la playa, de arena más blanda, orlada con la espuma de las olas, brillantes a la luz de la media luna.

Le pareció ver un par de resplandores dentro del coche, pero no estuvo seguro. Claro que parecían…

Uno de los hombres, el que iba en el asiento de atrás, se apeó inesperadamente, casi sorprendiendo al *G-man*, que lo contempló un instante estupefacto, viéndolo caminar hacia él. No debía haberlo visto, desde luego, porque estaba en la más densa oscuridad; pero el hombre pareció muy resuelto a dirigirse hacia allí. Quizá casualidad. Quizá…

Carson lanzó un grito mal contenido cuando el hombre alzó las manos, de pronto, y algo brilló apagadamente en ellas. Una fracción de segundo después pareció que un chorro de fuego brotase de aquellas manos, y la noche se llenó de los estampidos de la metralleta. El parabrisas del coche de Sterling salto en mil pedazos diminutos cuando el chorro de balas dio allí; y lo mismo sucedió con ©1 de atrás, que pareció explotar en un sonido crujiente, vibrante.

Y tendido en el piso del coche, acurrucado como un gato junto al fuego, Carson Sterling comprendió que tenía que actuar a toda prisa, si no quería que el siguiente chorro de balas entrase por una de las puertas, acribillándolo, destrozándolo. La cosa estaba tan clara ahora, que otra vez se enfureció consigo mismo, por no haber querido convencerse desde un principio de que aquel asunto era más importante de lo que parecía. Le habían dejado seguirle, lo habían llevado a un lugar conveniente, y allá, el clarísimo propósito era eliminarlo.

—Ven… —Oyó en español—. Vamos a ver si lo conocíamos.

Oyó el ruido de la portezuela del otro coche, y comprendió que los dos hombres iban a acercarse ahora, listas sus armas, para rematarlo.

Y como éste era un juego que le pareció poco divertido, se movió como pudo, deslizándose hacia la portezuela derecha. Asió la manilla, la tiró hacia abajo y oyó el suave ruido del pestillo al

abrirse.

—¿Estás seguro de que le has dado? —De nuevo en español.

—Claro. Lo he clavado en el asiento. Ya verás.

Empujó la portezuela y se tiró fuera del coche, pistola en mano. De pronto brotó la luz de una linterna, que dio de lleno en el hueco dejado por el parabrisas.

—No veo que ese hombre esté… ¡Eeeehhh…!

La luz se había movido, y alcanzó fugazmente al agazapado federal, junto al coche, tendida ya la mano derecha, armada.

Plop.

El de la linterna acabó su grito matizándolo claramente de dolor, tras el sobresalto. Saltó hacia atrás, chillando ahora agudamente, llevándose las manos al vientre, mientras la linterna saltaba hacia lo alto, en un extraño juego de luces giratorias, y la metralleta soltaba otro chorro de balas, que repicaron fuertemente en el morro del coche, zarandeándolo, agujereándolo, reventando las dos ruedas delanteras.

Carson Sterling se había tirado ya hacia atrás, para buscar siempre la protección del coche, interponiéndolo entre él y el hombre de la metralleta. Pero, justo cuando llegaba a la trasera, el morro estalló, en una llamarada roja y negra, que se extendió rápidamente, como rebosando del vehículo. El federal recibió como un impacto ardiente en todo el rostro, que chamuscó sus cejas y pestañas, y cayó de espaldas en su precipitación por escapar de aquel infierno. Aún estaba rodando cuando vio al hombre que quedaba vivo aparecer por un lado del coche. Dio un par de vueltas más, crispado por el miedo, notando cerca de él los sordos choques de las balas al hundirse en la prieta arena.

Se detuvo de pronto, jugándoselo todo a un solo disparo.

Plop.

Su enemigo lanzó un chillido, y estuvo a punto de soltar la metralleta en su salto hacia el otro lado de la gran llamarada, interponiéndola entre él y el federal, que se puso de rodillas rápidamente, mirando hacia allá con ojos desorbitados. Si volvía a aparecer…

A su izquierda restalló de pronto una automática, entre las palmeras, y se volvió hacia allá, furioso, dispuesto a demostrar…

—¡Que se escapa! —Oyó claramente.

Quedó atónito un par de segundos. ¿No era aquélla la voz de…?

Corrió encogido hacia el otro lado del ardiente coche, para rodearlo y aparecer inesperadamente en contra del hombre, pero éste entraba en su coche en aquel momento, en el asiento delantero. Salió lanzado inmediatamente, y Sterling tras él, dispuesto a no dejarlo escapar. Fuese como fuese, él detendría aquel auto…

Disparó un par de veces, pero el auto estaba girando muy cerradamente, inclinándose hacia un lado, alzando una nube de arena que brillaba como cristales. Acabó de dar la vuelta, fuera del alcance del arma del *G-man*, pero no parecía tener pensamientos de huir, porque se encendieron las luces largas, atrapando de lleno a Sterling, al tiempo que el coche se lanzaba a toda velocidad contra él.

—¡Señor Sterling, tenga!…

El federal estaba disparando a toda prisa su automática contra el parabrisas del monstruo de hierro que iba directo hacia él. Vio saltar el cristal, en una lluvia de diminutas lucecitas refulgentes brevísimamente a la luz de los faros, pero el auto, muerto o no el conductor, seguía recto hacia él, con gran rugido de motor…

Tuvo el tiempo justo de echarse a un lado, saltando con toda la fuerza de sus piernas. Y aun así, el coche lo alcanzó, en un rasponazo brutal con un guardabarros, ya que siguió el salto del agente del FBI de modo implacable. Si Sterling hubiese saltado una décima de segundo más tarde, lo habría alcanzado de lleno, lanzándolo lejos, reventándolo… Pero todo lo que ocurrió al *G-man* fue que se elevó un poco más, dio un par de vueltas de campana y cayó de espaldas, con seco golpe, perdiendo la pistola.

Se sentó inmediatamente, y sacudió la cabeza con fuerza, porque le parecía que todo había cambiado de lugar allá dentro, y convenía estabilizarlo. El coche se alejaba, se perdía en la noche… Y mientras, desde las palmeras, una persona corría hacia el hombre del FBI, llamándolo crispadamente.

—¡Señor Sterling, señor Ster…!

El federal se puso en pie, tras recoger su pistola, y acudió al encuentro de la muchacha, cojeando y refunfuñando. Ella se detuvo en seco delante de él, y se quedó mirándolo con los ojos muy

abiertos, asustada.

—¿Está… está bien, señor Sterling?

Carson dejó de refunfuñar. La cogió por la cintura, la apretó contra su pecho y la besó en los labios, con fuerza. Esta vez no le parecieron de madera, o de piedra. Estaban… mucho más suaves, un poquito temblorosos, frescos… La cosa iba mejorando.

—¡Suél… teme! —se desprendió ella—. ¿Cree que éste es el momento para estas…?

—Oiga, nena, quedamos en que ésta sería nuestra contraseña cuando todo fuese bien, ¿no es así?

—¡Es usted un… un… un estúpido! ¿Cómo puede…?

—De lo perdido, saca lo que puedas, dijo alguien. ¿Ha traído su coche?

—Claro…

—¡Pues vaya a buscarlo, encanto! ¿Qué pretende? ¿Que sigamos a pie a esa gente? ¡Vamos, corra ya!

Tampico se fue hacia las palmeras, mientras Sterling cojeaba hacia el hombre que había acertado con su primer disparo. El balazo en el estómago había sido suficiente. Veía bien su rostro, debido al resplandor de las llamas del coche pequeño, pero recogió la linterna y lo iluminó directamente… Todavía estaba examinándolo cuando el coche de la muchacha se detenía allí, y ella lo llamaba.

—Venga aquí… —dijo él—. ¿Conoce a este hombre?

Tampico examinó muy brevemente al difunto, cuyo rostro estaba macabramente encogido en una mueca de intenso dolor.

—No… No lo he visto nunca. Tenemos que marcharnos, porque verán las llamas, y puede que…

—Está bien. Conduzca usted.

Entraron en el coche, y ella lo condujo inmediatamente lejos de allí, siguiendo la marcha que señaló Sterling con un dedo.

—El otro no puede ir muy lejos, así que probaremos suerte. Le herí, iba sin parabrisas… No irá muy lejos. Y usted…, ¿de dónde demonios sale? ¿Me estaba vigilando?

—Sí.

—Y yo he sido tan idiota que no la he visto seguirme… Claro que bastante trabajo tenía yo con seguir a esa gente… ¿Qué sabe de todo esto?

—Nada.

—¿Nada? Bien. ¿Por qué me vigilaba?

—Usted estuvo en Tampico. Lo perdí allí, pero volví a encontrarlo, en la carretera, cuando regresaba. Lo seguí de lejos, llegamos a Tamiahua, y usted se metió en su hotel, de modo que yo decidí esperar qué había averiguado.

—¿Averiguado… de qué?

—Está claro, señor Sterling, que usted fue allá en busca de alguien que podía facilitarle cualquier clase de información sobre algo. De modo que, mientras usted la esperaba en el hotel, yo esperaba fuera, para seguirlo y estar al corriente del asunto.

—¡Esto es formidable!… —exclamó Sterling—. En mi vida he conocido a oirá nena tan linda con la cabecita tan hueca. Si está de mi parte, ¿por qué no vino a verme? ¿Por qué no me esperó esta tarde, en lugar de darme esquinazo?

—Fui a ver a Gedeón. Me dijo que de noche ya no podría seguir buscando por la laguna. Pero saldrá al mar antes de amanecer, y antes del mediodía me dirá dónde está exactamente el avión CAW dieciocho siete veintidós.

—¿De manera que usted insiste en eso? Pues mire: estuve en ese aparato, vi a sus tripulantes, al personal médico y auxiliar… Todo está normal allí. Somos los demás los que no estamos… actuando normalmente. Un hombre… ¡Pare! ¡Frene!

Tampico frenó tan bruscamente que Sterling salió lanzado contra el parabrisas. Rebotó allí con la frente, volvió a quedar sentado y miró torvamente a la muchacha.

—No me diga —gruñó, sarcástico— que insiste en que usted es Tampico, ese aceptable agente que ha colaborado con acierto con el FBI en diversas ocasiones.

—Soy Tampico… Pero usted… usted me pone nerviosa…

—Yo la pongo nerviosa —silabeó ásperamente Sterling—. ¡Ésta sí que es buena! Usted, nena, tiene de espía lo mismo que yo de mariposa. Ande, ande, apéese… ¡Y tenga cuidado, no me pille los dedos!…

Lo último fue casi un grito de espanto, porque Tampico, tras apearse en el estrecho camino de tierra, había lanzado la puerta para cerrarla nuevamente, y el

G-man

, que también iba a salir del auto por allí, tuvo que saltar de nuevo al interior del coche, desorbitados los ojos, fijos incrédulamente en la muchacha. Se quedaron mirando a través del cristal, hasta que Sterling suspiró, abrió cuidadosamente la portezuela, salió y tomó a la muchacha por los brazos.

—¿De verdad está de parte del FBI?

—Sí… Sí, señor, sí…

—¡Pues estése quieta en algún sitio… y no se acerque a mí!

La dejó junto al coche, y se dirigió hacia el otro, que estaba metido bajo las palmeras, entre la maleza. Llevaba la pistola en la mano, pero sabía que no sería necesaria. Simplemente, el tipo herido había abandonado el auto cuando estuvo lejos de la posible persecución a pie del

G-man

. Y ahora, aunque contase con un coche, ya no podría encontrarlo…

—Ya nos veremos otra vez, seguro —gruñó Sterling.

Abrió la puerta delantera del coche, respingó, echándose instintivamente hacia atrás y alzando la pistola…, y eso fue todo. Cerró aquella portezuela y abrió una de atrás. El coche estaba ladeado, de modo que el techo tapaba la luz de la luna hacia su interior.

—Tampico, ¿tiene una linterna?

—Sí… En el coche.

—Tráigala, por favor.

Ella llegó inmediatamente, con la linterna. Sterling la encendió y dirigió la luz hacia el asiento de atrás. Cierto: Percy Richards. Estaba con la cabeza apoyada en el respaldo, caído en el piso del coche grotesco, trágicamente. Sus ojos estaban abiertos, y en su pecho se veía una gran mancha de sangre.

—Los dos fogonazos que vi… —musitó Carson—. Lo mataron fríamente. No eran amigos suyos…, supongo.

—¿Quién es? —musitó Tampico.

—¿Y a usted qué le importa? ¿Eh? ¿Qué le importa? Todo lo que tiene que hacer es ayudarme a sacarlo de aquí… Y no crea que las cosas terminan de este modo, pues tenemos mucho que hablar todavía usted y yo. Cójalo de los pies cuando yo le diga.

Consiguió abrir la otra portezuela, y coger a Percy Richards por los sobacos. Tampico tiró por los pies, y lo sacaron del coche.

—¿Tiene usted algún escondrijo en Tamiahua? —preguntó Carson.

—Pues… Bueno, sí, un amigo que se dedica…

—Vamos allá. Llevaremos a este muchacho a casa de su amigo.

—¿Para qué?

—Para jugar al póquer —sonrió siniestramente Sterling… ¿O prefiere el *bridge*?

CAPÍTULO XI

El amigo de Tampico se llamaba Ginés, era un mexicano de más de sesenta años, flaco, chupado de rostro, ojos mortecinos y gran bigote blanco que le daba un aspecto más triste que un día de primavera visto tras los barrotes de una celda. Vivía en las afueras de Tamiahua, en una choza, junto a la cual se veía un corral poco menos que en ruinas, en el cual tenía los gallos de pelea que se dedicaba a criar y entrenar.

—Pero, «siñor», ¿dónde puedo yo «mesmamente» guardar esto?

—Será sólo por veinticuatro horas, como máximo —gruñó Carson.

—Es que, «siñor», en estos lugares, un muertito «pos» queda oliendo a más que muerto…

—No discutas más, Ginés —pareció disgustarse Tampico—. Es un favor que yo te pido, ¿no?

—Bueno… «Ta güeno», niña Lupita, pero…

—Ya has hablado demasiado.

Sterling miró de reojo a Tampico, irónicamente.

—A ver, niña Lupita: ¿dónde podemos tender a este hombre, para registrarlo bien?

—¿Para qué quiere registrarlo?

El *G-man* cerró los ojos un instante, resignado.

—Me robó un chicle en la escuela, y quiero ver si aún lo tiene. ¡Busque un sitio!

—Sí… Sí, señor…

Por fin colocaron a Percy Richards sobre el camastro de Ginés, porque no había sitio más adecuado, ni mucho menos. Y mientras el

mexicano se dedicaba a refunfuñar por lo bajo, el hombre del FBI, linterna en mano, ya que el quinqué daba una luz paupérrima, comenzó la inspección. En primer lugar, le quitó todo cuanto llevaba encima: dinero, documentos, reloj, bolígrafo, llaves, encendedor, tabaco… Todo. Metido el botín en un pañuelo del propio Richards se dedicó a examinar el cuerpo, detenidamente: uñas, cabellos, ojos, la boca, buscando alguna prótesis… El trabajo total le llevó no menos de tres cuartos de hora, y acabó sudando y nervioso, pero satisfecho en el fondo. Era muy poco probable que se le hubiese escapado ningún detalle. Y si él conocía bien a los agentes secretos, allí, en aquel pañuelo, tenía un botín que tenía que resultar forzosamente muy valioso.

Se sentó en una de las viejas sillas, y lo depositó todo sobre la mesa de cañas, pequeña, paticoja y sucia.

—Sostenga la linterna, nena.

No había nada extraño en el tabaco, los billetes o monedas, las llaves, el bolígrafo, el encendedor… Esto fue una decepción grande para el agente del FBI, que había esperado hallar dentro una microcámara. Por último se quedó mirando al reloj, objeto que tenía las máximas posibilidades de contener algo.

Fara quitar la tapa, tuvo que recurrir a un asqueroso cuchillo que le prestó Ginés, quien parecía a punto de morirse de sueño. Quedó abierta la tapa, mostrando todo el mecanismo, con sus ruedecitas brincando como alegremente: tic-tic-tic…

Pero, en efecto, no todo lo que había dentro del reloj correspondía a éste. Al menos, a esa deducción llegó Sterling después de más de diez minutos de atenta observación de los mecanismos. Allá, por poco que él entendiera de relojes, sobraba una pieza. Una pieza diminuta, por completo inocua. Inocua, innecesaria más bien. Ni ayudaba ni estorbaba a la marcha del reloj.

Ginés se había dormido, sentado a los pies de su camastro, con los de Percy Richards, descalzos, tocándole una cadera. Tampico no parecía tener el menor sueño, y pese al sedante silencio, mantenía los ojos muy abiertos, fijos en las grandes manos del federal.

—Necesito unas pinzas, o algo parecido…

Ella le tendió prestamente una horquilla, y se ganó una estupenda sonrisa del federal, que la olvidó en el acto para dedicarse a utilizar la horquilla como unas pinzas, hasta conseguir

sacar aquella pequeña pieza de dentro del reloj. La estuvo examinando un par de minutos, y de pronto, cogiendo otra vez el mugriento cuchillo prestado por Ginés, la apretó por el centro, con el filo, y muy suavemente. Se oyó un ligerísimo chasquido, y la pieza que parecía de metal se partió; una diminuta tira negra saltó de su interior, desenroscándose parcialmente.

—¡Aquí esté! —exclamó Sterling.

Ginés dio un salto, y se quedó mirando sobresaltado a todos lados, enrojecidos los ojos, abierta la boca para resoplar hacia el frondoso bigote gris.

—¿Qué… qué…?

—Es un microfilme —musitó Tampico.

—Déjeme pensar… Veamos… Aquel tipo llevaba un sobre… Sí, eso es: un sobre. Le apuesto algo a que sucedió lo siguiente: Percy Richards se dedicó a tomar fotografías del avión y sus alrededores. Finalmente, fue descubierto. Lo siguieron hasta el hotel, esperaron a una hora conveniente, tranquila, y entonces subieron a por él. Para entonces, Percy Richards había revelado ya el microfilm, que escondió en su reloj de pulsera. Llegaron los otros, lo «convencieron» de que debía entregarles las fotografías tomadas, y Richards las entregó… Las fotografías, no el microfilme, que se reservó. Quizá sospechando esto, o simplemente decididos a eliminarlo, los dos desconocidos se lo llevaron, bajo amenazas de armas. Ahora, uno de ellos ha podido llevar las fotografías adonde las estaba esperando alguien, pero nosotros tenemos el microfilme.

—Habrá que revelarlo.

Sterling la miró de reojo.

—Ya está revelado… —Gruñó—. De lo contrario, me pregunto cómo habría sido posible obtener copias ampliadas de él.

—Claro…

—Clarísimo.

—Entonces…, ¡habrá que obtener copias!

—No se me había ocurrido. ¿Qué sugiere, nena?

—Usted se está burlando de mí, señor Sterling.

—Por el contrario… —Sterling volvió a abrazarla, y la besó una vez más en los labios; y la pilló tan de sorpresa que los labios se hundieron tiernamente bajo la presión de la bocaza del

G-man

—. Esto quiere decir que estoy contento, que todo va bien.

Ginés los miraba con los ojos muy abiertos ahora. Tampico ya no sabía qué hacer. Cualquier actitud le resultaba ridícula, con respecto a aquel tipo tan sinvergüenza. ¿Qué hacer? ¿Gritar, abofetearlo, insultarlo?… La certidumbre de que Carson Sterling le haría menos caso que a un grano de arena dejó muda a la muchacha, entre desconcertada y furiosa.

—¿No tiene nada que decir, nena?

—¡Caradura!

—¡Nada de caradura! Una contraseña es una contraseña… ¿Se le ocurre algo bueno con respecto al microfilme?

—Obtener copias.

—Luminosa idea. ¿Cómo y dónde?

—Bueno… Yo no tengo ampliadoras, ni nada de eso, aquí… Podríamos ir a Tampico. Allá sí tengo lo necesario.

—Y yo también, qué demonios. ¿Eso es todo?

—Pues… Sí. ¿Acaso hay otro medio?

Sterling se la quedó mirando amablemente. De pronto, encogió los hombros, cerró el reloj y se dedicó a recoger el resto de las pertenencias de Percy Richards, que colocó de nuevo donde las había encontrado, por los bolsillos. Se quedó mirando hoscamente el simpático y juvenil rostro del agente secreto militar: el mentón firme, los simpáticos cabellos tiesos como cerdas de un cepillo…

—De veras lo siento, colega… De veras —musitó.

—¿Qué hago con él? —inquirió Ginés.

—Vendrán mañana a buscarlo, Ginés. Si le preguntan cosas, lo cual es inevitable, usted diga solamente que estuvo aquí un hombre, lo dejó y se fue, amenazándolo con matar todos sus gallos si no se comportaba debidamente… *¿Okay?*

—¡Mis gallos!… Pe… pero… eso es una broma… Yo no puedo hacerme responsable de un muerto…

Carson Sterling sacó su automática, quitó el cargador y se quedó mirando las dos balas que quedaban todavía en él. Alzó la mirada entonces, como distraído.

—¿No puede? —musitó.

—Bueno… «Pos» creo que sí… Por una noche, que duerma en mi cama… ¿No que sí, «siñor»?

—Excelente idea, Ginés. Ya volveremos a vernos. ¿Vamos, nena?

Salieron de la choza, directos hacia el coche. Entraron, se sentaron en el asiento delantero y Tampico se quedó mirándolo fijamente, un poco turbada.

—¿Vamos a Tampico, a revelar?…

—Frío, frió…

—Yo no tengo aquí lo necesario, y usted tampoco. Lo mejor…

—Frío, frío…

Tampico quedó pensativa, y de pronto lanzó una exclamación.

—¡A la posada La Marisma!

—Caliente, Tampico. Si Percy Richards pudo revelar el microfilm, quiere decir que él sí ha traído lo necesario. De modo que nos vamos a La Marisma… ¿Qué está esperando? Con un poco de suerte, todo será muy fácil.

* * *

Hubo suerte. Tal como había esperado Sterling, el encargado nocturno estaba durmiendo a todo resoplido, apoyado de brazos en el mostrador, con la cabeza descansando encima de aquéllos. Había solamente una luz, al fondo del pequeño vestíbulo, que los dos cruzaron sigilosamente. Pero Sterling alzó una mano, de pronto; fue junto al durmiente, cogió el libro-registro, lo abrió y echó un vistazo: habitación cuatro. Todo muy fácil. Tan fácil como utilizar la llave de aquel cuarto, que el *G-man* había requisado del cadáver del agente secreto militar.

Una vez dentro, dio la luz, y señaló hacia el dormitorio.

—Vale. Busque por allá… Y que conste que le doy todos los triunfos.

Efectivamente. Fue Tampico quien encontró la caja metálica que contenía todo lo necesario para revelar y ampliar microfotos sobre la marcha.

—Estaba dentro del armario, en una maleta.

—¿Sabe hacer estas cosas?

—Sí.

—¿Seguro? —Frunció el ceño el *G-man.*

—Sí, de veras.

—Pues trabaje un poco. En el cuarto de aseo.

Tampico se encerró allí, y el *G-man* dedicó casi media hora a un minucioso registro de la habitación. No encontró nada. Estaba bien claro que la personalidad de Percy Richards había sido descubierta por propia imprudencia, por excesiva osadía, acercándose demasiado a sus objetivos fotográficos. Muy astutos y pacientes los… los otros. Habían sabido esperar el momento de calma, habían dejado trabajar al muchacho, y luego…, ¡zas!, dos balazos en el corazón.

El agente del FBI se tendió en la cama y encendió un cigarrillo.

Y se sentó bruscamente cuando oyó el ruidito. En la puerta del cuarto de aseo, Tampico quedó como clavada en el suelo, mirando aquella pistola apuntada hacia ella.

—Te… tengo las… las fotos, señor Sterling.

—Me había adormilado, y me asusté… Veamos eso.

Ella se las entregó, muy húmedas aún, con un aire de triunfo que hizo fruncir el ceño al *G-man*. Prefirió no hacer comentarios, y dedicar toda su atención a las fotografías. Había menos de veinte. Las cuatro últimas mostraban un yate, visto de popa, muy lejos, imposible de identificar… ¿Qué demonios pintaba allí un yate? Las tres anteriores mostraban el aparato «Douglas DC-7» CAW 18 722, y algunas personas cerca de él. Pero las buenas, las buenísimas fotografías, eran las primeras. Tan buenas, que Carson Sterling tardó casi tres segundos en comprender su significado.

Primero se veía un aparato «DC-7» con el número de identificación NAR 07 645; luego, el mismo aparato, pero, pintado hasta la mitad en un tono más claro, y unos cuantos hombres empleando pistolas, prosiguiendo en su labor de pintado; después se veía el avión pintado en tres cuartas partes con el nuevo color. Había varios hombres trabajando en eso. Más adelante, ya casi completamente

pintado el aparato, un hombre, subido en troncos de palmera bien atados, pintaba, sobre la matrícula NAR
07 645,
otra nueva. En la siguiente fotografía se veía parte de esa nueva identificación: CAW 18… En la otra, la nueva identificación era completa: CAW
18 722.
Luego, tres o cuatro fotografías más mostrando el aparato, algunos hombres…, uno de los cuales parecía el doctor Webster Appleton.

—Supongo que se da cuenta, señor Sterling.

—No… No entiendo nada. Explíquemelo usted.

—El auténtico CAW
18 722
está hundido; está en el fondo del mar, señor Sterling. Ése es, simplemente, un
«DC-7»
que ha sido… disfrazado, provisto de falsa identidad.

—Asombroso… —ironizó Sterling—. Jamás me habría dado cuenta. ¿Usted qué interpreta en todo esto, Tampico?

—Cambio de avión. Pero no puedo adivinar nada más.

—Yo tampoco… —musitó sombríamente Carson—. Supongo que será cuestión de averiguarlo. ¿Qué me dice del yate que se ve al fondo, tan diminuto?…

—Ni idea.

—No comprendo… Son solamente dos millones de dólares en medicamentos. Está claro que cabe la hipótesis de que los han robado para venderlos en otro lugar… África, Asia… No sé. Pero no me gusta esa hipótesis. La sola compra de un viejo
«DC-7»
ya significa un gasto considerable. Luego está el personal que interviene en esto… Coches, metralletas, la intervención del
«G-2»…
Si sumamos gastos e inconvenientes o dificultades a toda esta operación y tenemos en cuenta que la venta de esos medicamentos nunca les producirá más del cincuenta por ciento de su precio estipulado de venta al público, nos queda una ganancia… francamente ridícula.

—Se diría —apuntó Tampico— que esta operación tan costosa y

no poco complicada persigue algo más que unos cientos de miles de dólares, ¿no, señor Sterling?

—Sí… Por supuesto. Demonios, y ese avión falso sigue ahí, a la vista de todo el que se moleste en llegar a la playa… Algo no funciona bien en esto, nena. Quizá… Bueno, quizá nosotros estemos equivocados y aquí exista un lío espantoso que una vez desenredado nos demuestre que ese avión es el verdadero CAW dieciocho siete veintidós. ¿No?

—Gedeón me dirá mañana dónde está el verdadero CAW dieciocho siete veintidós. Él lo vio caer de lejos. Cuando llegó allá, el aparato había desaparecido. Y como no es de esperar que pudiese levantar el vuelo, pues tiene que estar hundido.

—Yo me voy a mi hotel a dormir. Buenas noches —dijo, tras una breve pausa.

Y salió tranquilamente de la habitación, dejando sola a Tampico.

Pero unos segundos después la puerta se había abierto de nuevo y Carson Sterling entró, campechano, sonriente.

—Había olvidado una cosa, nena. Imperdonable, puesto que todo va bien… Viento en popa, diría yo. Con su permiso…

La abrazó y la besó una vez más en los labios, tomándoselo en serio. Apartó a la muchacha, que lo miraba temblando de rabia, muda de indignación… y mil cosas más.

—¿Sabe una cosa, Tampico? ¡Ésta es la mejor contraseña que he utilizado jamás! Nos vemos, linda.

Y ahora sí se fue de verdad.

CAPÍTULO XII

Lo despertó un timbrazo que pareció atravesarle la cabeza horizontalmente, de lado a lado. Se sentó en la cama de un salto y se quedó mirando el teléfono de la mesita de noche hoscamente. Tomó el auricular de un manotazo.

—¡Diga!

—Señor Sterling, una señorita…

—¡Que suba!

Colgó, se metió en el cuarto de baño, salió con la toalla en la cintura y abrió la puerta de la habitación. Entonces volvió a la ducha. Estuvo allí no menos de cinco minutos, disfrutando en verdad del grueso chorro de agua fría. Cuando salió, tras secarse, llevaba de nuevo en la cintura la toalla, ahora mojada, pesada.

Tampico estaba sentada en el borde de la cama, fumando. Lo miró, sonrió y dijo:

—*Aloha.*

—Hola… —sonrió también Sterling—. ¿Ha dormido bien estas cuatro magníficas horas?

—Regular. ¿Y usted?

—Como una piedra…, porque no ha habido ruiditos de ninguna clase. ¿Ésta es una visita de cortesía, de amor, profesional o…?

—Gedeón ha encontrado el aparato. Está hundido, desde luego.

—¿A qué profundidad?

—Unos sesenta pies, aproximadamente.

—Veinte metros —musitó Sterling—. Tendremos que conseguir…

—Está todo preparado.

—¿El qué?

—Equipos de inmersión. Tubos, plomos, arpones, aletas de

goma, lentes. Todo preparado, señor Sterling.

—Lo que yo siempre digo —sonrió Carson—: todo el mundo aprende el oficio, tarde o temprano. Por favor, vuélvase de espaldas, pues voy a vestirme.

Luego preguntó:

—¿Cuándo ha visto a Gedeón?

—Hace una media hora.

—¿El vino a buscarla a Tamiahua?

—Claro. Así lo convinimos.

—Es un convenio un poco tonto. Tendremos que volver en coche a Tampico, buscar una lancha, recoger los equipos, las…

—Señor Sterling: Gedeón ha venido con su lancha. Sólo tenemos que subir a ella, poner rumbo al norte en la laguna y llegaremos allá en menos de media hora.

—¿Sí? Pues en marcha.

—¿Ya está visible?

—Caramba, claro.

Ella se volvió, y respingó cuando casi chocó contra el pecho del *G-man*, que la cogió por los hombros y sonrió.

—¿Todo va bien, nena?

—Sí… ¡No! —Ella se apartó velozmente—. ¡Nada de contraseñas, señor Sterling!

—Usted —gruñó él— no tiene sentido de la profesión. Vamos.

Capítulo XIII

Gedeón era un mexicano más moreno que todos los mexicanos del mundo. No muy alto, pero con un pecho enorme, muy velludo, y con unos brazos que parecían a punto de reventar a fuerza de soportar tantos músculos. Apenas debía tener cuarenta años, y resaltaba en él un vigor a prueba de todo. Sus cabellos parecían una brocha sucia colocada al revés después de mucho ser usada, pero sus ojos eran grandes, inteligentes… Más bien, despiertos, vivaces. Llevaba solamente unos viejos pantalones de sarga, remendados un montón de veces.

Miró especulativamente a Sterling, y luego a Tampico.

—¿Éste es el gringo, Lupita?

—Sí, Gedeón.

El mexicano asintió con la brocha puesta al revés.

—Parece listo. A ver qué saca él en claro de todo esto. ¿Cómo está, señor?

Tendió la diestra, que Carson Sterling aceptó sonriendo.

—Muy bien, Gedeón. Cuando quiera nos vamos a ver ese aparato. Mmm… Espero que sea cierto que haya un aparato hundido.

Gedeón encogió los anchísimos hombros y pasó al volante de la lancha. Hacía apenas una hora que había salido el sol, de modo que mucho tenía que haber madrugado para tener ya localizado el aparato.

El agente del FBI encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el mar azul, iluminado todavía levemente por el tono rojo naranja del sol. Las aguas se veían muy calmadas, transparentes, brillantes. Unas cuantas gaviotas pasaron, en dirección a tierra firme. Eso era todo.

—¿Avisó de lo sucedido con Percy Richards? —preguntó Tampico.

—Llamé anoche mismo a… mi amigo de Tampico, pasándole el mensaje en clave. Ya debe haber llegado a Corpus Christi.

—¿Mencionó usted mi intervención?

—¿Cuál intervención? —sonrió Sterling.

Gedeón se volvió hacia ellos, conteniendo una sonrisa, Cuando habló, evitó a Tampico el trabajo de buscar una respuesta adecuada a la ironía del
G-man.

—Si quieren aprovechar el tiempo, pueden empezar a ponerse los equipos de inmersión, Lupita. Llegaremos en menos de quince minutos.

—¿La ayudo? —se ofreció Sterling.

—¡Ocúpese de sus asuntos!

Ella se quitó la falda y el jersey, y al girar para coger los tubos de aire se quedó mirando a Sterling, que estaba boquiabierto, absolutamente estupefacto.

—¿Qué le pasa?

—Mi madre… ¿Usted se da cuenta de cómo está en bikini, nena?

—No creo que sea momento de bromear.

—Es que no estoy bromeando. ¿La ayudo? A lo que sea: sentarse, ponerse los tubos, las…

—Ya le he dicho que se ocupe de sus asuntos, señor Sterling.

—De acuerdo. Pero en bikini está usted que mata, Lupita, De modo que no se exhiba demasiado delante de mí.

—¡Yo no me exhibo delante de nadie!

—Bueno… Parece que usted ha estado tratando hasta ahora con ciegos o paralíticos… ¿Éste es mi equipo, Gedeón?

—Sí, señor —rió el mexicano.

Llegaron al punto clave en poco más de diez minutos. Gedeón tiró al agua un anclote atado a una larga cuerda, que se fue desenrollando rápidamente. Entonces, el mexicano miró lo que quedaba del rollo, y luego a Tampico.

—Veintidós metros exactamente, niña Lupita. Pueden ver el aparato desde aquí arriba…, supongo.

Sterling ya estaba mirando, y movió negativamente la cabeza.

—Yo no lo veo. ¿Y usted, Tampico?

Tampico tuvo que admitir que tampoco lo veía. Las aguas eran en verdad transparentes, pero la profundidad era demasiada para que la transparencia alcanzase hasta el fondo, habida cuenta de que en aquel lugar había algunas rocas sumergidas que creaban buenas porciones de sombras.

—Será mejor que bajen. Ah… Tengo una linterna sumergible. Será mejor que la usen ahí abajo. Y cuidado con los tiburones.

Sterling lo miró, ligeramente sobresaltado. Tenía la esperanza de que el mexicano estuviese bromeando, pero éste se volvió, riendo, y ya no hizo más comentarios.

Un par de minutos después, Tampico y Carson Sterling se tiraban al agua, de pie, sujetando los lentes, y llevando cada uno una pequeña pistola de aire comprimido que disparaba arpones de veinte pulgadas, sueltos, sin hilo de recuperación. Aparte, Sterling llevaba un reloj sumergible, brújula, un cuchillo y la linterna. Descendieron siguiendo la cuerda que sujetaba el anclote, pero poco después de la mitad de la inmersión ya vieron el enorme bulto oscuro, en el fondo. Un bulto que fue inmediatamente identificado por ambos como un aparato «Douglas DC-7».

Con movimientos de una mano, Carson llamó la atención de Tampico, y señaló hacia la popa. Ambos nadaron hacia allí, sumergiéndose cada vez más. Y a cada brazada, la oscuridad era más densa. Llegaba el reflejo del día, una claridad incierta, que no bastaba para distinguir bien ciertos detalles. En cambio, con la luz de la linterna acuática, los dos pudieron ver claramente las letras y los números del avión hundido: CAW 18 722.

Siempre bajo la dirección de Sterling, los dos nadaron hacia la cabina de vuelo. Se mantuvieron allí, como suspendidos, mientras el *G-man* dirigía la luz hacia el interior, traspasando el luminoso rayo el plástico transparente. El círculo de luz recorrió toda la cabina de mando, lentamente… Y de pronto, se detuvo, fijo en el rostro de un hombre, agrandado por el agua. Tenía los ojos abiertos, pero no había luz vital en ellos. Eran, eran como dos bombillas… apagadas. Eso le pareció a Carson G. Sterling. Después vieron al otro. Estaba tendido de lado en el piso de la cabina. Se veía su rostro, a medias.

Uno de sus brazos, el derecho, estaba extrañamente colocado hacia la espalda, como si estuviese suelto. La puerta que comunicaba la cabina con el resto del avión estaba cerrada, pero, puesto que allí había agua, y la cabina permanecía intacta, estaba claro que el agua se había filtrado por debajo de la puerta, seguramente. Es decir, que todo el avión estaba lleno de agua. Lo cual era tanto como decir que había un boquete para entrar en él…

Encontraron muy pronto el boquete. Parecía una estrella negra recortada en el metal. A todas luces, una carga de plástico, que había reventado el fuselaje, dejando libre la entrada a una tromba de agua que llenó velozmente el aparato, llevándolo al fondo…

Sterling fue el primero en colarse por aquel agujero. La oscuridad era allí mucho más densa, pero con la luz de la linterna fueron descubriendo fácilmente los cadáveres, uno a uno. Dos de ellos flotaban extrañamente, entre el techo y el piso del aparato. Uno llevaba uniforme de piloto. Otro era el de una mujer rubia, que llevaba una bata blanca. Los demás, todos igualmente trágicos, deprimentes, yacían en el piso, ya un poco hinchados por la permanencia en el agua. El piloto que flotaba no había muerto ahogado, sino de un par de golpes o balazos en la cabeza, que se veía… rota, incompleta.

Sterling nadó hasta la puerta de la cabina, y la abrió. Pero no hacía falta aquello. Nada cambiaba por el hecho de que él viese los cadáveres de todos más de cerca.

Salió de la cabina, y Tampico se colocó a su lado, tocándole en un hombro. Cuando él la miró, la muchacha señaló a su alrededor, haciendo expresivos gestos que el *G-man* comprendió en seguida, quizá porque ya se había dado cuenta de lo que la muchacha quería darle a entender: el aparato estaba vacío, a excepción de los cadáveres. La carga de medicamentos había desaparecido. Por supuesto, debía ser la que había en el falso «DC-7» CAW 18 722.

Pero… ¿para qué la querían? ¿Qué estaban tramando? ¿Por qué no se habían marchado con los dos millones de medicamentos, una vez conseguidos? ¿Por qué disfrazar un avión?…

Querían ir a Tamaulipas.

La revelación fue como un impacto en plena frente para Carson Sterling. Sí… Querían llevar la carga a Tamaulipas, estaba claro. Con un avión falso, un personal falso…

Y la revelación final casi aturdió a Sterling. Claro que… No. No podía ser, claro… Aquello no podía ser…

Vio el brillo de algo blanco en el piso del avión, y lo recogió… Era un papel que comenzó a deshacerse en sus manos apenas tocarlo. Pero todavía pudo ver algo, ya muy borroso, casi invisible… Algo que no habría podido comprender de no conocer los nombres de algunas personas, como Mike Frost, que parecía tachado; Nora Saunders, O'Keefe…

Allí estaba la verdadera lista del personal de la expedición de ayuda a los damnificados de Tamaulipas.

La verdadera lista.

El verdadero avión CAW 18 722.

Pero no estaban las medicinas. Éstas se hallaban a bordo de otro avión, fiel reflejo del auténtico enviado por Estados Unidos desde la base de Corpus Christi.

Cogió una mano de Tampico y señaló hacia el boquete estrellado que había ocasionado una carga de plástico. Nadaron los dos hacia allí. La muchacha estaba tan impresionada que se dejó llevar, como si no tuviese fuerzas para nadar.

Sterling fue el primero en aparecer por el boquete de retorcidas puntas, y se estaba volviendo para asegurarse de que Tampico no se iba a herir con ninguna de ellas, cuando oyó, primero, el fino siseo, en el agua,[1] y en seguida el golpe de algo duro contra el fuselaje del aparato.

Se volvió velozmente, sobresaltado, y…

¡Físss… toe!

Otro arpón pasó rozando su cuello, llevándose una tira de piel, agitando el tubo de los depósitos de aire, y chocando, finalmente, contra el fuselaje, igual que el primero.

Dos hombres, por encima de ellos, se dedicaban rápidamente a recargar sus fusiles de aire comprimido, también con arpones

sueltos… Dos hombres con equipo completo de «hombres-rana», negros, que descendían ahora, muy lentamente, dispuestos a no fallar el siguiente arponazo.

Tampico había salido ya por el boquete, y se había hecho cargo en el acto de la nueva y peligrosa situación. Sterling le puso una mano en la frente, y apretó, intentando meterla de nuevo por el boquete, para alejarla de aquel peligro, pero ella se apartó de él, alzó su pequeña pistola de aire, cargada con el corto arpón, y disparó hacia arriba.

El brillante dardo ascendió velozmente, brillando al reflejo del sol, como un extraño pez rígido y delgadísimo. Uno de los «ranas» lo vio venir, y se movió desesperadamente, intentando apartarse de la trayectoria, cosa que sólo consiguió a medias, pues el pequeño arpón se llevó una buena tira de piel de su costado derecho, desgarrando el traje de goma. Algo que parecía humo rojo empezó a flotar entre dos aguas, brotando del costado del «rana», que se equilibró y disparó su nueva carga hacia Tampico.

Pero al parecer, la muchacha-espía no tenía gran cosa que aprender en cuestión de bucear, porque cuando el arpón salió, ella ya se estaba apartando de su trayectoria, de modo que nuevamente se oyó el golpe del hierro contra el fuselaje del
«DC-7».
Y mientras tanto, Carson Sterling había disparado ya su pequeña arma contra el otro hombre, que recibió el brillante arpón justo en el centro del pecho en el momento en que disparaba otra vez. Se echó hacia atrás, con fuerza, crispado, y el arpón salió completamente vertical, hacia la superficie, mientras el hombre giraba un par de veces hacia atrás y luego caía, muy despacio, como desarticulado, inerte, desmadejado, dejando tras él una alargada mancha roja.

El otro nadador desconocido había dado la vuelta, y se alejaba nadando a toda prisa. Tampico comenzó a nadar tras él, pero el
G-man
la adelantó muy pronto, haciéndole señas de que se quedara allí. Sabía muy bien lo que el «rana» estaba planeando: alejarse, recargar su fusil acuático y volver a la carga, desde mayor distancia, dominándoles con su arma, de más alcance que las pequeñas pistolas de aire… Quería tener todas las ventajas. Sólo que el agente

del FBI prefería ser él quien las tuviera.

Estuvo siguiendo la veloz marcha del otro, ganando espacio de modo asombroso, agotándose en el *sprint,* que podía significar la vida o la muerte. Por fin, el otro se volvió, con el fusil nuevamente cargado, en efecto. Hizo un movimiento de sorpresa al ver tan cerca al federal, pero su vacilación fue brevísima.

Dispararon los dos a la vez, cruzándose el gran arpón del «rana» y el pequeño dardo del hombre del FBI. Sólo que mientras aquél disparó parado entre dos aguas, Sterling lo hizo sin dejar de nadar, todavía lanzado, de modo que sólo tuvo que ondular el cuerpo para esquivar el largo arpón. El otro, parado como si estuviese de pie en tierra firme, tenía que efectuar un veloz movimiento partiendo de su estable posición, y… no llegó a tiempo. No fue lo bastante rápido.

El pequeño arpón disparado por Carson Sterling se clavó en su vientre, y cuando se encogía, llegó otro arpón igualmente pequeño, que se clavó en el pecho del «rana», nivelando su agónico encogimiento, enderezándolo… El tubo quedó suelto cuando la boquilla escapó de entre los labios del «rana», y mientras éste se hundía verticalmente, en postura de bailarín clásico, cientos de burbujas ascendían con alegre gorgoteo hacia la superficie.

Sterling se volvió, en el momento en que Tampico, que había disparado desde varias yardas más atrás, llegaba junto a él. Ella señaló hacia arriba, pero el *G-man* movió negativamente la cabeza. Vio en los ojos de ella, con toda claridad, el desconcierto, el interrogante, pero insistió en señalar hacia abajo, y para que no hubiera dudas, volvió a tomarla de una mano, llevándola hacia el fondo. Una vez allí, nadaron hasta ver la quilla de la lancha de Gedeón. Entonces, el agente del FBI empezó a hacer señas hacia arriba, hacia delante, a tocar su pistola blandiéndola ante los ojos de Tampico, que, finalmente, movió la cabeza en sentido negativo: no había entendido nada.

El *G-man* la atrajo más hacia él, y con un dedo empezó a dar golpecitos en un hombro de ella: cortos, rápidos, espaciados, seguidos…

Tampico movió enérgicamente la cabeza, muy abiertos los ojos

tras el cristal de su lente monocular. Entonces, Sterling, a base de golpecitos en su hombro, le pasó el mensaje, en señales de morse:

—Suba recta desde donde yo la deje. Y quédese a seis pies de la superficie. Es todo. Dígame si me ha comprendido.

Ella movió afirmativamente la cabeza. Sterling la alejó no menos de treinta pies del lugar desde el cual veían la quilla de la lancha. Se detuvo allí, sin soltar la mano de la muchacha, hasta que ella comprendió. Y de nuevo Sterling se comunicó con Tampico por medio de golpecitos en un hombro:

—Suba exactamente dentro de un minuto.

Ella señaló su reloj sumergible, y asintió con la cabeza. El *G-man* recargó su pequeña pistola y se alejó nadando rápidamente hacia donde estaba la lancha del mexicano. La rebasó no menos de quince pies, y se detuvo, consultando su reloj. Cuando hubieron transcurrido sesenta y cinco segundos a partir del momento en que se había separado de Tampico, inició el ascenso, lentamente, sin respirar, de modo que ni una sola burbuja subió a la superficie.

Apareció por el lado de babor de la lancha, y, en efecto, tal como había temido, vio a otro «rana». Estaba de espaldas a él, de pie, con el potente fusil acuático en las manos, y atento a algo que estaba viendo a unos treinta pies más allá, entre dos aguas: Tampico.

El agente del FBI no vaciló. Lamentándolo mucho, disparó su pistola de aire, contra la espalda del «rana». No había tiempo ni lugar para consideraciones deportivas de igualdad de oportunidades. Aquel hombre los habría ensartado a ellos si el *G-man* no hubiera tenido la sospecha de su existencia.

Se oyó el silbido del dardo, y el hombre se enderezó, casi llegó a iniciar la vuelta hacia el otro lado de la lancha. Pero el dardo fue muchísimo más veloz. No le dio tiempo a nada. Se clavó en su cuerpo con sordo impacto, empujándolo hacia el agua. Una oscilación de la lancha, un chapoteo, y eso fue todo.

Sterling se colocó la boquilla del aire, y nadó hacia donde estaba Tampico. La encontró en el lugar exacto que había indicado, manteniéndose a seis o siete pies de la superficie. Otra vez la cogió de la mano, y ascendieron juntos. Y cuando estaban nadando hacia

la lancha, vieron el yate. Un gran yate, blanco y azul, potente, flamante. Estaba como a un cuarto de milla de allí, al pairo.

—Nos están… vigilando con prismáticos —dijo Sterling—. ¡De prisa, alejémonos de aquí!

Llegaron a la lancha, ayudó a Tampico a subir a ella, y se izó de un solo tirón de brazos, que lo dejó tendido de costado en la pequeña cubierta. Vio a Gedeón tendido en ésta, con los ojos abiertos, y un largo arpón clavado en su pecho formidable. Pero no podía entretenerse ahora en estas cosas, porque, en efecto, como había sospechado, el yate navegaba a toda marcha hacia ellos. Los habían visto con los prismáticos, sabían que los hombres enviados habían perdido la pelea acuática, y acudían para arreglar las cosas de otra manera.

Quiso poner en marcha el motor de la lancha, pero nada ocurrió. Tres intentos más, sin un solo sonido o chasquido de respuesta, fueron suficientes para que el *G-man* comprendiera que el motor había sido estropeado.

Se volvió hacia Tampico, que estaba arrodillada junto a Gedeón.

—¡Al agua! —ordenó.

Ella lo miró, y el *G-man* notó como un golpecito en el pecho al ver las dos gruesas y brillantes lágrimas que no acababan de desprenderse de los hermosos ojos.

—Está muerto… —musitó Tampico.

Sterling asintió hoscamente con la cabeza. Luego, señaló hacia el yate.

—Vienen a por nosotros, Tampico. Y la lancha no funciona… Tenemos que marcharnos.

—¿Vamos a dejar a Gedeón aquí, así…?

—Son cosas del espionaje. Recuerde a Percy Richards, metido en una choza sucia, registrado desconsideradamente, zarandeado, llevado de cualquier manera de un lado a otro… Es un final previsible para un espía, Tampico.

—Pero él no era un espía… Era sólo mi amigo…

El federal miró impaciente hacia el yate, que estaba a menos de doscientas yardas.

—Hay que saltar, o…

Brotó un pequeño fogonazo del yate, y se oyó claramente un silbido agudo, que acompañaba la marcha de un proyectil con cola encendida, dejando una fina estela de diminutas chispas que se desvanecieron inmediatamente. Fue un tiro corto. El impacto se produjo no menos de quince yardas a proa de la lancha, enviando hacia ésta una tromba de agua y espuma, alzándola por delante… Tampico salió disparada hacia la popa, se aferró allí a Sterling, y rodaron los dos juntos, hasta ser detenidos por la borda de popa. Todavía estaba cayendo lluvia de espuma cuando el *G-man*, sin contemplaciones, alzó a la muchacha, la tiró al agua, y se dejó caer tras ella. La vio agitándose, manoteando desconcertada, y se apresuró a ponerle la boquilla entre los labios. Luego, se colocó la suya propia, y tiró de la muchacha hacia abajo, desesperadamente.

Habían profundizado poco más de veinte pies cuando la lancha estalló, arriba. Se vio a través del agua una gran mancha roja, breve, y la quilla pareció que fuese a llegar al fondo de un solo golpe, una milésima de segundo antes de estallar… Todo estalló. Se formó un gran embudo en el agua, forzada hacia abajo, y la turbulencia agitó al *G-man* y a Tampico, hundiéndolos con más fuerza. Tampico perdió la boquilla, giró un par de veces y se fue mansamente hacia el fondo, como perdida en los millones de burbujas que dificultaban la visión…

CAPÍTULO XIV

El grueso, calvo, y al mismo tiempo velludo individuo de los *shorts* blancos y la gorra azul y blanca de *yachtman*, movió aprobativamente la cabeza cuando la lancha saltó en mil pedazos astillados. Se volvió hacia el hombre que manejaba el arma utilizada. Un tubo atornillado a la cubierta, con mecanismo de disparo en el centro.

—Camúflalo de nuevo, Esteban. Buen tiro.

—No podía fallar…

Esteban camufló el arma, por el procedimiento de apretarla hacia abajo, hundiéndola. Desapareció de la cubierta, y luego, una vez colocadas las tablas correspondientes, no quedó ni rastro de ella.

El gordo se volvió hacia el hombre que tenía al lado, y cuyo brazo izquierdo colgaba del cuello por medio de un pañuelo. Agitó los prismáticos y señaló hacia donde flotaban restos de lo que había sido una lancha.

—¿Estás seguro de que ése era el hombre, Niarkos?

—Seguro, señor Boleda. Es el que mató a Ponce anoche, el que me hirió a mí. La mujer debía ser la que le gritaba advertencias desde el palmeral, y luego le ayudó.

—Bien… Pues ya no hay que pensar en esas personas, Niarkos. Hicimos bien en no advertir a los del avión de lo que estaba ocurriendo. Si supiesen que los ha estado vigilando y fotografiando un hombre, y que otro estaba sobre la buena pista, se pondrían nerviosos… Muy nerviosos. Y eso no interesa.

—El primero era más peligroso… Usted ya vio las fotografías que le traje, y que él había tomado de…

—No. No, no… Este de ahora era más peligroso, Niarkos. Más…

activo, con mayor rapidez de acción. El otro era un… contraespía pasivo, de los que estudian muy bien las cosas antes de actuar. Y por eso, ni siquiera le dimos tiempo para enviar las fotografías. Muy lento…

—Quizás las envió… Otras, quiero decir.

—No. Ya tendríamos jaleo, si así hubiera sido. Todo el jaleo que podíamos tener estaba en la decisión de ese otro… —señaló hacia el mar—. Ha matado ya a cuatro de mis hombres; uno, anoche, y tres, ahora. Ése sí era peligroso. Pero ya no lo es. Alejémonos de aquí, Nickerman.

—En seguida, señor Boleda.

Y el yate *Gran Caribe* viró ciento ochenta grados.

CAPÍTULO XV

—Ahí viene otra vez… No me gusta nada esto. Míralo.

La doctora Saunders se acercó a una de las ventanillas del avión, y, en efecto, vio al agente del FBI llamado Carson Sterling acercándose al improvisado campamento.

—¿Qué crees que querrá ahora? —musitó.

—No lo sé… —Gruñó el falso Webster Appleton—. No lo sé. ¡Pero no me gusta nada esto!

—Hay una buena vigilancia alrededor nuestro. Si algo ocurriese nos habrían advertido.

Appleton se volvió hacia el centro del aparato, donde los tres falsos enfermeros, y los no menos falsos pilotos, se dedicaban a manipular en las cajas de medicamentos. Ante ellos se desparramaban cientos de estuches de cartulina, envueltos en celofán: antibióticos, analgésicos, desinfectantes, compuestos vitamínicos…

—Todavía hay trabajo para unas horas… ¡Ese hombre no tiene que entrar en el avión esta vez! ¡No podemos perder más tiempo! Y si fuera por mi gusto, me marcharía de aquí ahora mismo. Es una locura… Debimos abandonar el plan cuando el avión cayó al mar. Eso lo estropeó todo… Tuvimos que conseguir un
«DC-7»,
pintarlo aquí mismo, trasladar la carga del verdadero CAW dieciocho siete veintidós al yate, del yate a este aparato… ¡No es posible que termine bien; lo estamos apurando demasiado…!

—¿Cuántas horas de trabajo calculas que nos quedan? —preguntó la falsa doctora.

—No sé… Tres o cuatro por lo menos.

Ella miró su relojito, fruncido el ceño.

—Son las doce y media… Cuando terminéis, despegad sin mí y no preocuparos.

—¿Despegar sin ti? En Ciudad Victoria esperan una doctora que forma parte de este aparato…

—Decid que me quedé en Tamiahua indispuesta y que ya iré… Yo me encargo del señor Sterling.

—¿Qué piensas hacer?

—Parece que le gusto, de modo que… seré… generosa con él.

—Sería más fácil matarlo.

—No, no… Quizá a determinada hora tenga que pasar un informe o algo así. Y si no llama, o envía determinado informe, o clave, o lo que sea, puede que todo se complique aún más. Estaré con él todo el tiempo que pueda, hasta cuatro horas. Entonces, despegad. Pasáis por encima del *Gran Caribe*, de acuerdo a lo convenido, y sabremos que la operación ha terminado. El señor Boleda quiere las cosas bien hechas, no lo olvides.

—¡Bien hechas…! Ponce y Niarkos ya fallaron en el intento de apoderarse del aparato legítimo. Desde entonces no hemos…

—Nada ganamos lamentándonos. Voy a llevarme de aquí al señor Sterling y pasaré con él cuatro horas… deliciosas.

—¿Y luego?

—No te preocupes: recogeré mi equipo de «belleza» de la tienda de campaña.

—Entiendo… —sonrió fríamente Appleton—. Ten cuidado.

—¿Yo? —rió ella.

Cuando bajó del avión, el agente del FBI Carson G. Sterling estaba todavía a no menos de treinta yardas; pero la doctora acudió a su encuentro, sonriendo dulcemente, tendiendo su manita.

—¿Qué tal, señor Sterling? ¿De nuevo con nosotros?

El *G-man* retuvo la mano de ella mirándola intensamente.

—¿Soy… demasiado pesado quizá, doctora Saunders?

—No… Oh, no… Quiero decir que no lo es para mí al menos. Bueno… Lo que pretendo decir…

—La entiendo… —sonrió Sterling—. Y… mmm…

Bueno, yo tengo la impresión de que mi presencia no le resulta… ingrata.

—Todo lo contrario… —musitó ella—. Pero ¿no tenía usted que estar ya en Estados Unidos?

—Oh, pues… Esto… Bien, yo pedí permiso para permanecer por aquí un par de días más. Di una buena excusa, pero lo cierto es que me gustaría… que ese avión no pudiera volar en mucho tiempo.

—¡Esperanzas vanas! —rió ella cálidamente—. Todo marcha muy bien, señor Sterling. Esperamos despegar dentro de tres o cuatro horas como máximo.

—Tres horas… ¿Ése es todo el tiempo que me queda para… intentar decirle lo que… experimenté al verla? Incluso había esperado conseguir apartarla de ese avión unas horas, conversar a solas…

Ella parpadeó, como emocionada.

—Creo —musitó—, que no pasará nada si me alejo unas horas de aquí, señor Sterling.

—¿Significa eso que… vendría conmigo? Podemos almorzar en un hotel, luego pasear.

—Jamás se me ocurriría desconfiar de un agente del FBI, señor Sterling. Iré a buscar algunas cosas a la tienda…

Fue a la tienda y salió sin la bata y llevando un pequeño estuche de piel roja, un neceser. Con la falda amarillo claro y una ligerísima blusa de pálido tono violeta, la doctora Saunders ponía aún más de relieve la sugestiva perfección de su cuerpo.

—¿Sorprendido, señor Sterling?

—Pues… Bueno, jamás creí que una bata pudiera resultar tan antipática, ésa es la verdad. Y… mmm… Bueno, respecto a que usted jamás desconfiaría de un agente del FBI, debo decirle que… no somos de piedra, doctora.

—¿Tiene eso algo de malo? —musitó ella.

CAPÍTULO XVI

Entraron en la cabaña, cuya parte trasera daba al mar. Carson Sterling dejó la llave sobre una mesita, comentando:

Son muy discretos estos mexicanos… ¿Qué le gustaría almorzar?

—Cualquier cosa. Eso… es lo de menos.

—Bueno… Podemos discutirlo mientras nos damos un baño.

De pronto, cambiando su expresión amistosa, se encaró con ella, mirándola fríamente:

—Querida doctora Saunders, o usted es idiota o no está muy bien informada de los últimos acontecimientos. Pero eso, preciosa, es fácil de comprender: no quieren alarmarla a usted, a los del avión.

—¿De… de qué… estás hablando, Carson, amor…?

—Mira, chamaca. Tenemos solamente tres horas, de modo que aprovechémoslas. Hablemos del avión CAW dieciocho siete veintidós, de dos millones de dólares en medicamentos norteamericanos y de un montón de cadáveres que están ahora, con el avión, en el fondo del mar. Hablemos de eso… y respetaré tus huesos… Tienes diez segundos para empezar a hablar. Si no lo haces, te romperé un brazo para empezar. Y… no estoy bromeando, querida.

—Estás… estás loco…

—Diez, nueve, ocho, siete, se…

—¿Qué quieres saber? —Casi chilló Nora Saunders.

—Todo el asunto. He comprendido que todo está encaminado a que esos medicamentos lleguen a Ciudad Victoria, *Okay*. Pero quiero saber por qué os habéis tomado tantas molestias si esos medicamentos han de llegar igualmente a su destino. ¿Por qué? ¿Qué estáis tramando? ¿Por qué matar a tanta gente para que, a fin

de cuentas, el avión llegue a su destino?

Nora Saunders desvió de pronto la mirada, hacia la puerta del dormitorio, brevísimamente. No menos brevísimo fue el destello de esperanza que pasó por sus ojos. Pero Carson Sterling sonrió irónicamente, con dureza.

—Un truco viejo, encanto; pero, puesto que no vas armada, no cuesta nada volverse y mirar a…

Sonreía cuando empezó a volverse. Y lanzó un respingo cuando comprendió que, en efecto, había alguien allí dentro. Alguien que había entrado sigilosamente por la puerta frontal de la cabaña mientras él, atento sólo a la falsa Nora Saunders, descuidaba la vigilancia a su alrededor, cosa que parecía lógica en aquel lugar, los dos solos…

¡Clock!

El golpe iba dirigido ferozmente a su cráneo, que se habría partido bajo el tremendo impacto de la culata de la pistola. Pero Sterling, mientras se volvía, se apartaba, de modo que lo recibió en la base del cuello, rozando la oreja izquierda No le mató, desde luego, pero la violencia del golpe fue tal que quedó tendido de lado.

Sterling se movió. Se volvió cara al techo, quiso incorporarse… y se deslizó por un lado de la cama, hacia los pies del hombre que le había golpeado, que lo apartó con uno de ellos, empujándolo con indiferencia.

—¡Niarkos! —Oyó el *G-man* la voz de Nora—. ¿Cómo estás aquí?

—Siempre vigilamos al avión, y vimos a este hombre. Por cierto, creímos que había muerto.

—¿Muerto? ¿Qué está ocurriendo?

—Nada inquietante. Os seguí, esperé el momento y entré. Vístete: nos vamos en seguida. Date prisa.

Nora Saunders salió para obedecerle. Cuando regresó, Niarkos, herido en un brazo, pero empuñando firmemente la pistola en la mano del otro, había vuelto boca arriba a Sterling, que lo miraba con expresión cada vez más despejada, recuperándose rápidamente.

—Muy bien, federal: ¿Cómo lo conseguiste? ¿Cómo escapaste de aquella lancha? Estoy intrigado, créeme.

—Salí… volando…

—Oh, sí… ¿Y la chica? ¿También voló?

—Ella… no tuvo tanta… suerte…

—Es una lástima, muchacho; tienes más vidas que un gato, pero se acabó. Supongo que habrás dado la alarma general, de modo que iré inmediatamente a avisar que salga ese avión… Y ya veremos qué pasa. Buen viaje —le apuntó a la cabeza, pero miró de pronto a Nora Saunders—. A menos que todo eso del amor sea cierto, Rebeca.

—Te espero en el coche —dijo ella.

—Bien. ¿Pero qué hago con él?

Nora Saunders miró ceñudamente a Sterling.

—Mátalo —dijo.

Y salió, dejando a Niarkos muy complacido, buscando la expresión de miedo en los ojos del *G-man*. La encontró, desde luego, y esto le puso de muy buen humor.

—Tenía entendido que los agentes del FBI no tenían miedo jamás. A partir de ahora podré discutírselo a cualquiera que diga semejante tontería. De modo que te…

Plop.

La cabeza de Niarkos estalló en rojo, y el cuerpo describió una trágica pirueta en el aire, para dar de bruces en el suelo, donde quedó inmóvil, con cien hilillos de sangre brotando por todas partes de su destrozada cabeza.

Sterling se sentó bruscamente… y se llevó las manos a la cabeza, gimiendo de dolor. Apartó una para mirar, entornando el ojo, hacia la ventana cuya persiana estaba siendo apartada por el cañón de una pistola con silenciador. El rostro de Tampico apareció en el hueco, crispado, pálido.

—¿Está bien, señor Sterling?

El *G-man* se puso en pie, vacilante. Subió la persiana y la muchacha entró por una de las dos ventanas amplias y sombreadas que daban a la playa.

—¿Está bien?

—No demasiado… ¿Lo grabaste todo, tal como te…? Quiero decir si usted lo grabó todo, señorita Tampico.

—Sí. Pero no hay nada interesante…

—Ya lo sé.

—… Excepto algunos silencios. Parece que son bastante claros, por otra parte. Usted se dedicó a besarla.

—Le juro que no. Fue ella quien me besaba a mí, que no es lo mismo… Lástima que todo fuese de mentirijillas, ¿eh? Alcánceme… No. Todavía tengo la mía —se tocó la pistola—. Ya nos veremos. ¿Avisó a Martínez por teléfono?

—Ese teléfono no contestaba, señor Sterling.

—¿Cómo que no contestaba? ¿Y cómo lo ha solucionado?

—Me vine aquí, tal como me indicó, para grabar lo que esta mujer dijese. Usted estaba tan seguro de poder atraerla aquí para ver si podía sonsacarla sin jaleos Lo oí todo, supe que había llegado ese Niarkos y vine a…

—Pe… pero… ¿se da cuenta de lo que está haciendo? —barbotó Sterling—. ¡Lo principal era avisar a Martínez en Tampico para que él llamase a San Antonio y avisara que ese avión fuese requisado si llegaba a Ciudad Victoria! Por el amor de Dios, Tampico…, ¿no puedes comprender esto?

—Me habría… marchado a Tampico después de la grabación… —musitó ella—. Iré a ver personalmente a Martínez. No me importará que él conozca a la agente Tampico.

Sterling se quedó mirando a la atribulada muchacha. De pronto la sujetó por los hombros y sonrió.

—*Okay*, nena. Sé que estás haciendo lo que puedes. Tengo que salir ahora mismo, antes de que la doctora desconfíe y se largue de aquí… Tú te quedas, y luego sales como un rayo hacia Tampico. ¿Sí?

—Sí, señor…

—Bueno, alegra la cara… Todo saldrá bien, ya verás… Todo marcha sobre ruedas. Lo que ocurre es que olvidé la contraseña y tú crees que todo va mal. ¿Es eso?

Ella se quedó mirándolo en silencio. Sterling tragó saliva, la besó breve, ligeramente, en los labios, y ella no se movió. Pareció que ni siquiera respiraba. Solamente lo miraba a él.

—Bien… Tengo que marcharme —gruñó Sterling—. Hasta la vista.

Tampico no contestó y el
G-man

salió del dormitorio refunfuñando algo. Habían hablado rápidamente, pero quizá Nora Saunders estuviese ya impacientándose.

Pues no. Estaba mirándose en el espejo retrovisor y ordenando sus rubios cabellos con un bonito peine de concha. Se quedó petrificada al ver salir a Carson Sterling, y cuando intentando aprovechar la distancia, quiso moverse, el *G-man* sacó la pistola. La apuntó tranquilo, y al mismo tiempo movió el índice de la otra mano, marcando un claro «no». Llegó al coche, entró y guardó la pistola.

—Tengo un horrible dolor de cabeza… —dijo—. De manera que no hablaremos nada por ahora. Solamente vamos al avión, y una vez allá, mientras esperamos a mis amigos, yo me ocuparé de que no despegue… ¿Alguna duda?

—¿Y…, y Niarkos?

—En el infierno.

—¿Cómo lo consiguió…?

—Ya le he dicho que no tengo ganas de hablar. Vámonos. Siga, siga peinándose, encanto.

CAPÍTULO XVII

—¿Otra vez? —sonrió secamente Sterling—. Ya no vale la pena; estamos llegando.

Nora Saunders se volvió en el asiento. Efectivamente, estaban llegando al campamento, y nadie iba tras ellos. No se veía a nadie en la gran marisma. Unos cientos de yardas más, apenas unos segundos, y avistarían el campamento. Y Niarkos había dicho que siempre había alguien vigilando por allí…

—¿Puedo o no puedo peinarme? —musitó.

—Mujer al fin… —suspiró Sterling—. Por supuesto que puede. No soy un personaje cruel, doctora… Rebeca. Aunque a decir verdad, usted no necesita demasia…

Carson Sterling lanzó una exclamación de sobresalto cuando oyó el chasquido y vio inmediatamente los reflejos brillantes por encima de la cabeza de Nora Saunders. Del peine brotó, a todo lo largo, un agudísimo estilete de cinco pulgadas… Y con él Nora Saunders lanzó un feroz pinchazo a la garganta del agente del FBI, que soltó el volante y cruzó los brazos ante su rostro.

Nora lanzó un grito de rabia cuando la aguda hoja se clavó en un antebrazo de Sterling. La retiró vivamente y quiso pinchar de nuevo en la garganta, pero el *G-man*, pálido y desequilibrado por el feroz pinchazo recibido, tenía todavía fuerzas más que suficientes para dominarla. Asió sus muñecas en alto, tras manchar de sangre el rostro de Nora Saunders…

Y la habría dominado si el final de la pelea no lo hubiese decidido algo que ambos habían olvidado: el coche. Éste había llegado al final del camino en esos pocos segundos, ascendió por la

prieta arena dando tumbos, llegó a la suave cresta, se alzó de morro, cayó, rebotó, dio una vuelta completa en el aire, perfecta, como si estuviese siendo controlada, y cayó de nuevo sobre las dos ruedas delanteras… El resultado fue el lógico: se abrieron las dos puertas al prensarse el coche por su propio peso y por una de ellas salieron disparados Carson Sterling y Nora Saunders.

* * *

Carson abrió un instante los ojos, débilmente. Vio ante ellos la arena; más abajo, el coche, ruedas arriba, envuelto todavía en la polvareda levantada… Luego vio las piernas de dos hombres, de rodillas para abajo, y las puntas de unas metralletas. Dos de aquellas piernas se apartaron y, antes de desvanecerse completamente, el agente del FBI vio a Nora Saunders tendida, cara al cielo, manchada de sangre su cara… y con un bonito peine de concha clavado en su vientre.

Eso fue todo.

CAPÍTULO XVIII

—Es usted muy correoso, señor Sterling.

Abrió los ojos y vio el cielo, de un hermoso tono azul limpísimo, Parecía moverse… No. No era el cielo lo que se movía, claro; eso era una tontería…

—¿Dónde estoy?

—La clásica pregunta… —Oyó una risa—. Pero esta vez con respuesta: está usted a bordo de mi yate, el *Gran Caribe.*

Sterling se sentó. Por un momento todo bailó a su alrededor, girando a la vez, y notó un agudo silbido en los oídos. Y de pronto todo cesó, todo fue normal. Vio al hombre gordo, calvo y velludo a la vez, con sus *shorts* blancos y su gorrita azul y blanca. Había tres hombres más en la cubierta: uno al timón y dos a ambos lados de él, metralleta en mano. El gordo era el jefe, desde luego.

—¿Quién es usted?

—Anastasio Boleda. ¿Le dice eso algo?

—No.

—Ah, magnífico… No sé si me oyó antes, señor Sterling. Es usted un tipo muy correoso, muy duro de pellejo. Su intromisión en mis asuntos me ha costado ya las vidas de cinco hombres y la de Rebeca…

—¿Qué hora es?

—Las dos y media. Ha estado usted más de una hora sin sentido… ¿Por qué? ¿Espera algo?

—¿Ha salido ya el falso
«DC-7»?

—Todavía no… —sonrió Anastasio Boleda—. Pero no puede tardar ni siquiera una hora. ¿Cree usted que vale la pena, señor Sterling?

—No comprendo…

—Me pregunto si usted ha pasado información aclaratoria respecto a este aparato.

—Sigo sin comprender.

—Se lo diré más claro. Le pregunto si ha avisado usted de que algo anormal está ocurriendo en este asunto y, por tanto, nos estarán esperando en Ciudad Victoria los amigos de usted y las autoridades mexicanas, o bien nadie sabe nada aún y cuando lleguemos a Ciudad Victoria seremos recibidos por personal médico que no se preocupará de la identidad auténtica del personal del avión. ¿Comprende ahora?

—Sí.

—¿Y bien? ¿Nos están esperando… pacífica o belicosamente, señor Sterling?

—Belicosamente. Pasé el aviso.

Anastasio Boleda sonrió astutamente.

—Muchas gracias, señor Sterling. Eso quiere decir todo lo contrario. Es decir, que usted no ha podido pasar ese aviso. De modo que podemos despegar y llegar allá tranquilamente… ¿No es así?

—Usted lo dice todo —gruñó Sterling.

Boleda volvió a reír.

—En efecto. Y como la radio del falso CAW dieciocho siete veintidós ya funciona, les pasamos el aviso para que despeguen en cuanto estén listos. Usted tendrá el placer de ver pasar ese avión sobre nosotros, señor Sterling.

—No veo el placer por ninguna parte… ¿Qué es lo que se propone usted?

Anastasio Boleda quedó pensativo unos segundos mirando hacia el mar, casi más azul que el cielo. Se veía la costa, lejos, como una raya amarilla, difuminada por los espejismos brillantes y móviles del aire caliente.

—Ganar dinero, señor Sterling. Igual que todo el mundo.

—¡Ganar dinero…! —rió ásperamente Sterling—. Ha gastado usted más en material, tiempo y riesgos que lo que puede conseguir, aun en el supuesto de que venda esas medicinas…

—Usted sabe muy bien que no es ésa la jugada, señor Sterling. Oh, vamos… Estoy seguro de que ya la ha comprendido. Pero le

ayudaré un poco más todavía, con más datos. Veamos… Todos los gastos de la operación están pagados. Y, además, para el *Gran Caribe* hay un premio en efectivo y redondo de un millón de dólares.

—¿A cambio de qué?

—No se haga más el tonto. Ya lo ha adivinado. ¿O no? Creo que sí, señor Sterling, porque lo veo muy pálido, desencajado el rostro… ¿Lo ha adivinado?

—¿Quién le paga por hacer esto? —musitó Carson.

—Hay un dicho español que especifica: se dice el pecado, pero no el pecador. ¿Qué importa quién sea la persona o personas que me paguen? El pecado existirá igual, será el mismo. Claro qué… las culpas recaerán sobre Estados Unidos, no sobre mis… patrocinadores.

—Todavía puede usted evitar esa monstruosidad, Boleda. Ordene que ese aparato…

—¿Y perder un millón de dólares, un coche, cinco hombres, una valiosa colaboradora como Rebeca… total para nada? ¡Usted está bromeando, señor Sterling, sin duda! Si busca su pistola, naturalmente, la tenemos nosotros.

—No. —Sterling se palpaba el torso, luego los pantalones—. Sólo buscaba mis cigarrillos.

—Oh… Dale tu paquete, Tadeo. Y cerillas. ¿Satisfecho?

Sterling encendió un cigarrillo y se quedó mirando fijamente a Anastasio Boleda.

—Variemos el rumbo del asunto, Boleda, ya que parece usted tan considerado conmigo. Podemos…

—¿Considerado? —murmuró Boleda—. No exactamente eso, señor Sterling. Ocurre que, a mi modo, lo admiro. Es usted un luchador peligroso, rápido, de muchos recursos… No puedo negarle un cigarrillo a un hombre así. Y menos antes de matarlo.

—Iba a ofrecerle…

—Lo sé. USA me paga el doble si no llevo a cabo el plan. ¿No es eso?

—Sí.

—Lo lamento. Está todo decidido. Nickerman, ve a llamar a los del avión: que salgan cuando quieran en cuanto estén listos. Y dile a Boulak que comeremos algo ahora.

—Sí, señor.

Nickerman bajó a los camarotes y servicios, y Sterling, tras otra chupada al cigarrillo, aumentó:

—El triple, Boleda. Piénselo.

—No hay nada que pensar. No insista.

—Dígame al menos quién le ha dado la orden…, quién le paga.

—Ya me he negado a explicarle antes eso, señor Sterling. Mire, los dos sabemos que esos dos millones, de dólares en medicamentos norteamericanos han sido adulterados durante estos dos días. Todo estaría ya listo si los pilotos del auténtico
«DC-7»
CAW dieciocho siete veintidós no hubiesen puesto resistencia. Pero eso nos ocasionó un trabajo suplementario no poco considerable. Sin embargo, está ya terminado prácticamente. De modo que esos dos millones de dólares en medicamentos pueden seguir su camino para los perjudicados de Tamaulipas por el huracán «Beulah». Al fin y al cabo, no es sólo Estados Unidos quien envía ayuda en lo que puede.

—Pero Estados Unidos será el único país que enviará medicamentos en mal estado, Boleda. Adulterados.

—Casi envenenados diría yo.

—Usted está loco… ¿Se da cuenta de que por culpa de esos medicamentos pueden morir miles de mexicanos?

—De eso se trata. Claro que… el ataque no va realmente contra los mexicanos. No tenemos nada contra ellos…

—¡Ya lo sé! Lo que usted pretende es que el mundo acuse a Estados Unidos de la muerte de miles de personas por enviar medicamentos en mal estado a gentes que están pasando grandes apuros y necesidades de todas clases en estos momentos. Eso, además de un monstruoso asesinato en masa, sería una catástrofe para mi país, Boleda, Tendría una serie de repercusiones internacionales totalmente imprevisibles… ¿Se da cuenta de lo que quiere hacer?

—Desde luego. Y cobro bien mi trabajo.

—¿Quién le paga? ¿Quién?

—Me está usted irritando, señor Sterling. Además, ¿de qué le serviría saberlo?

—Usted… —Tembló la mano de Sterling, con el cigarrillo en ella

—, usted es un asesino, un loco… ¿Cómo ha podido prestarse a esto? Por el amor de Dios, Boleda, recapacite y comprenda…

—Que se calle, Tadeo.

Tadeo asintió con la cabeza; se acercó rápidamente a Carson y le propinó un tremendo golpe en la boca con el culatin de la metralleta, derribándolo de nuevo tendido sobre la cubierta. Los labios del *G-man* se llenaron de sangre, que comenzó a resbalar hacia el cuello. Se puso en pie lentamente, despacio, escupiendo con fuerza, fijos sus ojos en Boleda. Ya no dijo nada más. Casi tambaleándose, recogió el cigarrillo, se lo puso en el otro lado de la boca y se sentó, apoyado de espaldas en la borda. Silencioso, sombrío, aislado, como si estuviese solo en el ancho mundo.

—No lo pierdas de vista —masculló Boleda—, y si se mueve, lo matas. De él depende vivir media hora más o menos.

CAPÍTULO XIX

La pequeña avioneta deportiva apareció quince minutos más tarde, diminuta en la distancia. Cuando estuvo más cerca, se dirigió mar adentro y entonces el sol destelló en ella con fuerza, en un violento tono rojo. Casi parecía un juguete.

Anastasio Boleda, Nickerman y Tadeo estaban comiendo en cubierta, bajo la toldilla. Esteban se hallaba al timón. El cocinero, Boulak, estaba abajo. Carson G. Sterling estaba sentado en el mismo sitio, fumando otro cigarrillo del paquete que Tadeo había dejado en su poder. Fue el último en levantar la cabeza para mirar la avioneta. Y el que menos importancia le concedió.

—Es una avioneta —dijo tontamente Nickerman.

—Va mar adentro —añadió no menos tontamente Tadeo—. Alguno de esos tontos ricachos que se dedican a vuelos deportivos.

Anastasio Boleda era el menos tonto de todos.

—No me gusta… —musitó—. Saca el lanzacohetes.

Nickerman.

Éste pareció a punto de decir algo, pero optó por encoger los hombros. Se puso en pie, quitó las tablas de la cubierta y tiró del tubo escondido allí, dejando el arma lista para ser utilizada.

La avioneta estaba describiendo una gran curva, invertida. Al parecer, se disponía a regresar tierra adentro. Sólo que lo hizo en línea recta hacia el yate, bajando muncho la línea de vuelo. Boleda dirigió una rápida mirada a Sterling, pero lo vio tranquilo, apático, indiferente. Miraba la avioneta, pero con la misma desgana que si fuese una estúpida mosca revoloteando en vano.

—Viene hacia aquí… —dijo Tadeo—. Viene en línea recta hacia el yate.

—No me gusta… —repitió Boleda—. Dispárale, Nickerman. Y no

quiero que falles.

Nickerman corrió hacia el lanzacohetes, abrió la caja metálica soldada a la base y sacó un pequeño proyectil, que dejó caer inmediatamente por la boca del tubo. Movió éste, orientándolo hacia la pequeña avioneta roja, que estaba poco menos que encima de ellos. Apretó el disparador; se oyó un seco zumbido y el cohete partió hacia el aparato deportivo, que pareció saltar bruscamente, ascendiendo no menos de veinte pies con aquél sólo tirón.

—¡Te he dicho que no falles! —gritó Boleda—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—La… la maniobra… Ha hecho una maniobra inesperada…

La avioneta pasó por encima del yate, como un relámpago rojo. Llegó quinientas yardas más allá, dio la vuelta y emprendió el regreso.

—¡Si fallas ahora te…!

Nickerman se pasó la lengua por los labios y achicó los ojos. Se sentía abrasado bajo aquel sol, que parecía quemar sus pestañas, sus labios, sus ojos… Estaba apuntando ansiosamente cuando la avioneta dio una vuelta completa en el aire inopinadamente. Dejó de verse el brillo de su hélice y todos comprendieron que se había parado. Una pequeña columna de humo apareció de pronto en la cola del pequeño aparato, que dio otra vuelta y emprendió un descenso a sacudidas, como si el piloto estuviese tirando desesperadamente de los alerones. Pero el aparato seguía echando un humo negro, y su peso, inevitablemente, lo llevaba hacia abajo, hacia el mar…

—¡Le di! —gritó Nickerman—. ¡Le toqué antes…!

—¡Cuidado…, cuidado! —aulló Boleda—. ¡Esteban, para el yate! ¡Páralo ahora mismo! ¡Ahora mismo!

Esteban se apresuró a parar los motores y soltó el ancla. Se oyó el trepidar de la estrecha cadena al deslizarse por la abertura y el golpe del anclan contra el agua. El yate se deslizó todavía no menos de ciento cincuenta yardas, mientras el pequeño aparato rojo caía en diagonal, como buscando el impacto contra el yate.

—¡Le voy a…! —gritó Nickerman.

—¡No! —Prohibió Boleda—. ¡Déjala! ¡Va a pasar por encima ahora que hemos parado! ¡Si la aciertas puede caer sobre el yate ardiendo…!

Nickerman crispó las manos en el arma y esperó. La avioneta roja pasó de nuevo como un relámpago por encima del yate, a menos de cien pies. Pareció que iba a estabilizarse, perdió un poco de velocidad, dio otra vuelta… y, cuando estaba a menos de quince pies del agua, todo pareció acabar. Quedó como un peso muerto y cayó de panza en las azules aguas, lanzando una gran nube de blanca espuma. Nickerman orientó hacia allí el arma, pero Boleda sujetó su brazo, mirando hacia el aparato rojo, que se estaba hundiendo rápidamente… En menos de diez segundos aquella mancha roja desapareció en las profundidades del mar.

Anastasio Boleda se quedó unos segundos mirando aquel punto espumoso, y por fin se volvió hacia Sterling.

—¿Sabe algo de esto, señor Sterling?

Carson no se alteró. Pareció no haber oído. En realidad, ni siquiera miró a Anastasio Boleda, y sí en cambió pareció dedicar una inusitada atención a la brasa de su cigarrillo. Su actitud no podía ser más fría y despectiva.

—Muy bien, muy bien… —sonrió Boleda—. Me parece que usted me dijo antes la verdad, Sterling: sus amigos lo saben ya todo. Usted los avisó, ¿no es cierto?

El agente del FBI parecía sordo y mudo. Tadeo se disgustó por ello. Fue allá, lo agarró por un brazo y lo puso en pie tirando rudamente, mas no sin dificultades.

—¡Conteste! —gritó—. ¿Saben sus amigos lo del avión?

Sterling permaneció impávido, y esto irritó más a Tadeo, que lo empujó hacia el centro de la cubierta y él quedó apoyado en la borda, con la metralleta apuntada a la espalda del *G-man.*

—Vamos, vamos, señor Sterling, no sea obstinado… —arguyó Boleda—. Piense que si ese aviso es cierto, yo desistiré de enviar el avión. ¿Han enviado sus amigos esa avioneta, en algún tonto intento por salvarlo o algo así?

Silencio.

Nickerman frunció el ceño, se acercó y descargó un culatazo en el estómago del *G-man*, que palideció y cayó de rodillas… El cigarrillo salió disparado de su boca, pero, con una terquedad desconcertante, Sterling lo

recogió, como si no tuviese importancia para él.

—Rómpele la cabeza —dijo fríamente Boleda.

Nickerman cernió la culata del arma sobre la frente de Carson Sterling, pero cuando se disponía a descargar el golpe Tadeo lanzó un grito, se enderezó crispadamente y la metralleta escapó de sus manos. Fue un segundo de estupefacción general, mientras inmediatamente Tadeo se vencía hacia adelante, doblándose. En su espalda se vio una punta metálica, algo que parecía una varilla… o un pequeño arpón brillante.

El primero en reaccionar, contra todo pronóstico, fue el agente del FBI. Se puso en pie de un salto, apartó el arma que Nickerman se disponía a utilizar y metió la brasa del cigarrillo en su ojo derecho, aplastando allí el cigarrillo. Nickerman soltó un aullido espantoso, se olvidó del arma, de todo…

En menos de cuatro segundos la situación efectuó un cambio insospechado, radical.

Sterling derribó a Nickerman de un ferocísimo puntapié, recogió en el aire la metralleta, se volvió hacia Esteban, que tras soltar el timón quería coger la suya, y lanzó una corta ráfaga, que lo alzó, lo tiró por encima del timón, salpicando sangre a todos lados.

Boleda quiso correr hacia las cabinas, pero el *G-man* se interpuso en su camino. Fue un brevísimo cambio de mirada; asustada la de Anastasio; fría, despiadada, casi cruel, la del agente del FBI, que lanzó la culata del arma hacia el rostro de su enemigo, alcanzándole de lleno en la boca, reventándole los labios por el centro, derribándole de espaldas.

Nickerman se arrastraba ansiosamente hacia la metralleta de Tadeo, pero el *G-man* soltó otra ráfaga de balas que lo dejó clavado en cubierta con una línea de puntitos rojos en la espalda. Envió la metralleta de Tadeo lejos, de un puntapié y se precipitó hacia las cabinas. Abrió las batientes con su propio cuerpo y se lanzó escaleras abajo a trompicones… Boulak apareció corriendo por el pasillo, pistola en mano, desconcertado… Llevaba un delantal blanco y sus manos estaban todavía llenas de espuma. Respingó, alzó la pistola y… fue enviado al fondo del pasillo por la feroz ráfaga de balas.

Sterling regresó escaleras arriba. Apareció corriendo, se detuvo un instante junto al cadáver de Tadeo y, tras contemplar el arpón en su espalda, corrió hacia la proa, hacia la salida del ancla.

—¡Tampico! —llamó—. ¡Tampico, soy yo, Carson Sterling!

Sólo entonces se asomó. Tampico estaba subiendo por la cadena del ancla, sujetando entre los dientes la pistola de aire comprimido. Iba en «bikini», con un solo tubo de aire a la espalda, lentes, pies de rana… Sterling le tendió una mano; ella subió un poco más, se agarró a ella y se dejó colgando, en un balanceo amplio, que el *G-man* aprovechó perfectamente, aumentándolo hasta que Tampico quedó poco menos que colocada en la borda.

—¿Avisaste a Martínez? —preguntó ansiosamente Sterling.

—Estuve donde usted me indicó. Pero Teobaldo Martínez, el dueño de la tienda de artículos deportivos, no estaba.

—¡No estaba! ¿Dónde estará ese maldito que…?

—En un hospital. Hace casi dos horas que se lo habían llevado allí, directo al quirófano: peritonitis.

—¡Peritonitis! —Exclamó incrédulamente el federal—. ¡Esto es una broma estúpida!

—Para él, sí.

Tampico había saltado a cubierta; se había quitado los lentes, el tubo, los pies de goma… Quedó solamente en «bikini»; recogió la pistola de aire, con un arponcito listo para ser disparado, y señaló hacia las cabinas, inquisitiva.

—Somos dueños del yate —tranquilizó Sterling—. ¿No ha podido cumplir mi encargo, entonces?

—No. Pero lo hice a mi manera. Envié un telegrama a la Delegación de San Antonio. Hace de eso casi una hora.

—Mmm… Una hora… Supongamos que llegue en estos momentos a la Delegación. Tienen que avisar a Ciudad Victoria, movilizar allá algún posible agente nuestro o colaborador…

—Es más fácil avisar a las autoridades mexicanas sugiriendo que confisquen ese avión, señor Sterling.

—¡No! ¡Nadie tiene que saber esto por el momento! ¡Ese avión no lo pude registrar nadie más que nosotros, los norteamericanos! ¡No quiero que nadie lo vea ni lo toque si no hay allá personal norteamericano!

—¿No es eso demasiado… orgullo, señor Sterling?

—Es sólo precaución. Las cosas se dirán, posiblemente, cuando ya hayan pasado, no ahora. Si no hay personal norteamericano en el aeropuerto de Ciudad Victoria, ese avión no debe llegar.

—Pues vamos a por él. Sabemos dónde está, ¿no?

—Sí… Iremos a… ¡No! ¡El vendrá! —Sterling se echó a reír de pronto—. ¡El vendrá aquí, Tampico, ya lo verás!

—No confíes…

—¡Sí confío! Tú misma lo verás… Dime: ¿qué clase de juego o truco has empleado esta vez para llegar tan oportunamente? ¡No me digas que has utilizado la avioneta!

Tampico lo miró con el ceño fruncido.

—Usted me fastidia, señor Sterling, me pone… nerviosa. ¿Por qué no he podido utilizar la avioneta? Cuando llegué allá y supe lo de Teobaldo Martínez, me apresuré a enviar el telegrama. Luego, para reunirme inmediatamente con usted, utilicé mi avioneta. No estaba usted en el campamento del
«DC-7».
Aquella gente corría libremente por allí, de modo que, como sabía que en esto intervenía un yate, lo busqué por el mar. Utilicé prismáticos, lo vi a bordo de éste…

—Y simulaste que te habían acertado para hundir la avioneta y poder luego salir de ella con el tubo de aire y el resto del equipo. ¿Acierto?

—Sí.

—¿Estás loca? —farfulló Carson—. ¡Maldita sea, claro que estás rematadamente loca! ¡Has podido matarte! Pe-pe-pero… ¿qué te has creído que eres? ¡Se tira al mar, se…!

—Ese hombre está recuperándose —señaló Tampico.

Carson se volvió hacia Boleda y lo ayudó a ponerse en pie a punta de metralleta, a golpes. Lo tiró contra el timón, lo recogió al rebote y lo derribó de nuevo, tirándolo contra la borda de un culatazo propinado de lado en una mejilla.

—Muy bien, amigo Boleda… Ahora podemos charlar en otras circunstancias. ¿Quién le pagó por esto?

Anastasio Boleda sonrió cínicamente. Y se puso en pie, sujetando en una mano un grueso arpón de aluminio, un tridente de los que se utilizan para rematar y ensartar las piezas de pesca demasiado

grandes. Dio un paso hacia Sterling, que retrocedió.

—No sea estúpido —gruñó el—
G-man
: tiene todas las de perder.

Anastasio Boleda continuó acercándose. Sterling comprendió muy bien lo que pretendía: o matarlo o morir. Pero no estaba dispuesto a aceptar ninguna de estas dos soluciones, de modo que continuó retrocediendo.

—Lo voy a desarmar, simplemente, Boleda. Lo tendré vivo, no le quepa duda. Podré…

Anastasio Boleda lanzó un gritó hacia adelante. Y Sterling, decidido a no matarlo, retrocedió apresuradamente. Tanto que tropezó con el cadáver de Tadeo; manoteó, en un inútil intento de mantener el equilibrio, y cayó de espaldas… Tras él, alzando el agudo tridente, saltó Anastasio Boleda, gritando como un loco. La oportunidad era inmejorable para clavar en la cubierta al hombre que lo había estropeado todo…

¡Fffessss… toe!

El pequeño arpón se clavó en la espalda de Anastasio Boleda, justo a la altura del corazón. El arpón cayó perpendicularmente, clavándose en la cubierta, vibrando. Sterling se quedó mirándolo… Lo vio encogerse, al fin, doblarse hacia delante… Tuvo que apartarse para que el cadáver no le cayese encima. Y, después de rodar quedó tendido boca abajo. Alzó la cabeza y se quedó mirando a Tampico.

—¿Debo felicitarte, nena?

—Yo…

La mirada del
G-man
se desvió bruscamente hacia el cielo.

—¡El avión! ¡El falso CAW dieciocho siete veintidós!

Se puso en pie de un salto y corrió hacia el tubo lanzacohetes. Metió dentro uno de éstos, sin dejar de mirar hacia el cielo. Vio la mancha brillante que se acercaba, calculó distancia y tiempo y se acuclilló junto al arma.

—Por todos los demonios, tengo que saber cómo funciona esto…

Lo supo en menos de quince segundos. Para entonces el avión estaba llegando al yate, a una altura todavía corta, ya que el punto

de despegue no estaba muy lejos.

—Al suelo, Tampico. No sé qué tal manejaré esto…

Ella se tendió en el suelo, alzando la cabeza para mirar el gran
«Douglas
DC-7»
CAW
18 722.
El avión falso que llevaba la muerte para miles de personas, con responsabilidad internacional para Estados Unidos. El aparato estaba casi encima de ellos, a menos de seiscientos pies, dispuesto a seguir su ruta de muerte.

—Tira… —susurró la muchacha—. ¡Tira, Carson… tira…!

Oyó el zumbido, vio el resplandor del disparo. Arriba, el gran transporte se estremeció, pareció fuertemente sacudido…

—Más… ¡Más, más…!

Otro sonido de rebufo, y esta vez el ala izquierda del
«DC-7»
saltó hecha pedazos en su mitad delantera, destrozadas y arrancadas ambas hélices. El avión se ladeó inmediatamente y un espeso humo negro y denso empezó a brotar de aquella ala. El descenso fue veloz, pero brevísimo, dada la escasa altura que había llevado el aparato. Se oyó el clásico silbido de un cuerpo pesado cayendo a toda velocidad, y segundos después, tras dos o tres giros velocísimos, el
«DC-7»
chocó violentamente contra el agua azul y verde, partiéndose en dos, alzando una gruesa columna de espuma, de agua que parecía de colores tornasolados… Y veinte segundos más tarde el mar volvía a estar en calma.

Carson Sterling suspiró profundamente. No se sentía demasiado feliz, pero siete vidas de gente desalmada no podían considerarse demasiado valiosas para el mundo.

—Vamos —volvió a suspirar—. Te llevaré a tierra firme.

Ella se quedó mirándolo. Parecía esperar algo; pero el
G-man
no reaccionó. Fue a los mandos, alzó el ancla, puso en marcha los motores…

CAPÍTULO XX

Se despidieron en el aeropuerto de Tampico. Ella lo llevó allí en su coche. Sterling se apeó, recogió su maleta y el maletín de piel y se quedó mirando a la muchacha.

—¿De verdad no quieres venir, Tampico?

—De verdad.

—¿No… no quieres que volvamos a vemos tampoco?

—¿Para qué? Si lo que quieres es seguir insistiendo en que te diga dónde encontrarme, pues no.

—Bien —el hombre del FBI inclinó la cabeza—. Arreglaré las cosas de manera que el FBI te pague el auto pequeño y la avioneta y…

—Puedo permitirme esos lujos.

—Pues… lo celebro. Bueno, debo decirte que no me gustan las mujeres para esta clase de trabajo; pero, en general, tú… lo has hecho muy bien. Calculo que te debo la vida o algo así.

—Y yo a ti cuando lo de la lancha. Estamos, aproximadamente, en paz. Adiós, espía.

—Insisto en que quisiera volver a verte…

—No te diré dónde encontrarme, Carson. Pero, si realmente deseas volver a verme, me encontrarás. ¿O no eras un eficaz espía y contraespía?

Se quedaron mirándose fijamente. Sterling tendió de pronto su mano.

—Hasta la vista, Tampico.

Ella no se movió. Miró la mano del *G-man* y musitó:

—¿Ésta es nuestra nueva contraseña?

—Me pareció que te molestaría si yo… ¿No?

Tampico movió pesarosamente la cabeza y puso en marcha el coche. Eso fue todo.

* * *

—Bien, señor, esto es todo. No falta ni siquiera una coma. ¿Lo quiere repasar? Aunque tendrá para algunas horas. Esto, más que informe, parece una novela de espionaje. De las gordas, claro.

Don Cranston, inspector-jefe de Delegación del FBI en San Antonio de Texas, tomó el grueso fajo de folios mecanografiados y pareció asustado.

—Tendré que leerlo, desde luego. Pero casi podría ahorrármelo, pues sé cómo trabajas, tanto en acción como en la máquina de escribir. Bien… ¿Por qué no te vas a dormir? Llevas tres días y tres noches sin salir de la Delegación y…

—¿Puedo disponer de veinticuatro horas, señor?

—Por supuesto.

—Pero completas y privadas.

—¿Completas y…? ¿Qué… estás tramando?

—Olvidé enviarle una postal desde México. Creo que… si usted no se opone pasaré veinticuatro horas allí.

—¿Y me enviarás la postal? —sonrió Cranston.

—Siempre hay tiempo para todo. ¿Puedo, señor?

Don Cranston miró de nuevo el tremendo montón de folios y suspiró desalentado.

—La verdad es que me llevará no menos de una semana examinar y dejar listo todo esto para los archivos de Washington.

—¡Una semana! ¡No exagere, señor! —exclamó Sterling.

Cranston lo miró con el ceño fruncido.

—Muchacho, tú eres tonto…

—Mmm… ¿Tonto? Oh… ¡Oh! ¡Demonios, sí, señor! ¡Una semana!

ESTE ES EL FINAL

No cabía duda. La aguja señalaba aquella estupenda villa junto al mar. Sin duda de ninguna clase. ¡Menuda sorpresa se iba a llevar Tampico! Porque, desde luego, aquella vez, cuando se despidieron en el aeropuerto, ella no había podido darse cuenta de que él dejaba dentro del coche uno de aquellos diminutos emisores… Seguro que no se había dado cuenta.

¿Así que allí vivía Tampico? Bueno, desde luego, no era dinero lo que le faltaba, al parecer. Debía ser una de aquellas personas enriquecidas con el petróleo, máximo negocio en Tampico…

Entró en el gran jardín, siempre mirando la aguja del receptor. A juzgar por la fuerza del sonido y la fijeza de la aguja, el pequeño emisor no podía estar muy lejos. En el coche, claro. Y éste, dentro del garaje de aquella hermosa quinta junto al mar. Vio el garaje pero la aguja señalaba hacia la derecha. Y hacia la derecha solamente podía ver parte de una piscina. Asombroso. Fue hacia allí, desde luego…, y se quedó patitieso al ver a una muchacha tendida en una hamaca sujeta en dos palmeras. Estaba en «bikini», llevaba lentes de sol… Como si hubiera querido llevar una capucha ocultando toda su cabeza. Aquel precioso cuerpo bronceado y fino sólo podía pertenecer a…

—¡Tampico! —llamó.

Llegó corriendo junto a la muchacha, que se había limitado a volver la cabeza. Lo vio llegar, pero no se movió apenas. Todo lo que hizo fue quitarse los lentes, quizá para mirarlo, para verlo mejor cuando él se detuvo a su lado.

—¿Lo has pensado bien? —musitó.

—Sí… ¡Sí! Tengo una semana, Tampico… ¡Una semana! Vamos ahora mismo a casarnos… ¡Ahora mismo!

—Bien… Esto es lo que yo esperaba, Carson. Tu vuelta significa que no estás… ofuscado por la aventura vivida. Has tenido tiempo de reposar, de pensar en…

—¡Déjate de tonterías y vamos a casarnos ahora!

Ella se puso en pie y sonrió dulcemente.

—Parece… que no te ha costado mucho esfuerzo encontrarme, querido…

—Bien… Todo es debido a que, como espía, no eres tan lista como crees…

—¿No?

—En absoluto. La última vez, en el aeropuerto, no te diste cuenta de que dejaba otro transmisor en tu coche.

—Oh… ¿Ha sido eso?

—¡Seguro! —rió Sterling.

—¿Y eso que llevas ahí es el receptor de señales?

—¡Claro!

—Ah… Y… ¿a dónde señala ahora?

—Debería señalar el garaje, claro, pero señala hacia esta…, hacia esta…, esta…

Hacia una palmera exactamente. Una de las que sujetaban la hamaca de Tampico. Y un poco más arriba de la cuerda había una chincheta; de la chincheta pendía un cordel, y del cordel, un pequeño transmisor «made in USA.»…

—Pe… pero… ¡Pero está aquí! ¡Lo descubriste!

—Así es.

—¿Y… y… y qué… qué hace aquí este… cachárro?

—Me pareció más cómodo esperarte en una hamaca que dentro de un auto. Y como quería estar segura de que me encontrarías, no me he movido de aquí en tres días.

—Ah… ¡Ah! ¡Oh, demonios, soy un estúpido!

—Sólo un poco tonto, como todos los hombres… en cuestiones de amor.

—Pues… Ejem… ¿Vamos… vamos a… casarnos o no? —Primero, la contraseña— susurró ella.

Carson Sterling dejó caer el estuche de piel, porque quería los dos brazos para abrazar en serio a Tampico.

Y es que las mujeres, todo el mundo lo sabe, nunca están contentas.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

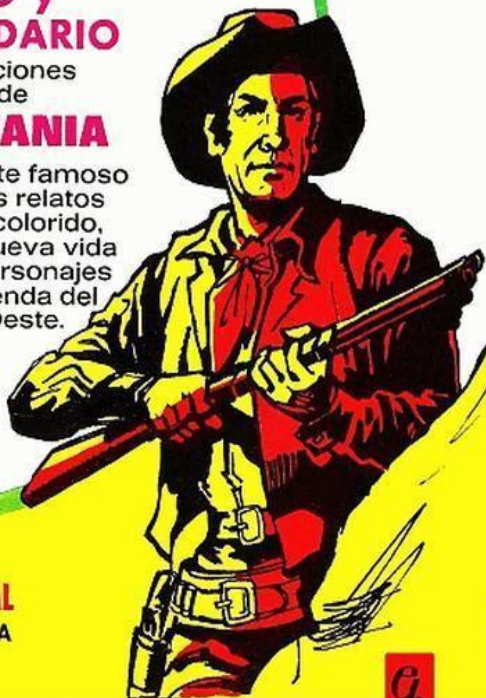
en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…